



Libro de Henoc

(Etiópico)

LIBRO DE HENOC

(Etiópico)

Según el manuscrito de la
Bodleian Library, Oxford

ÍNDICE

CAPÍTULO I.....	1
CAPÍTULO II.....	1
CAPÍTULO III.....	1
CAPÍTULO IV.....	1
CAPÍTULO V.....	2
CAPÍTULO VI.....	2
CAPÍTULO VII.....	2
CAPÍTULO VIII.....	3
CAPÍTULO IX.....	4
CAPÍTULO X.....	4
CAPÍTULO XI.....	6
CAPÍTULO XII.....	6
CAPÍTULO XIII.....	6
CAPÍTULO XIV.....	7
CAPÍTULO XV.....	8
CAPÍTULO XVI.....	9
CAPÍTULO XVII.....	9
CAPÍTULO XVIII.....	10
CAPÍTULO XIX.....	10
CAPÍTULO XX.....	11
CAPÍTULO XXI.....	11
CAPÍTULO XXII.....	11
CAPÍTULO XXIII.....	12
CAPÍTULO XXIV.....	13
CAPÍTULO XXV.....	13
CAPÍTULO XXVI.....	14
CAPÍTULO XXVII.....	14
CAPÍTULO XXVIII.....	14
CAPÍTULO XXIX.....	14

CAPÍTULO XXX.....	15
CAPÍTULO XXXI	15
CAPÍTULO XXXII.....	15
CAPÍTULO XXXIII.....	16
CAPÍTULO XXXIV.....	16
CAPÍTULO XXXV	16
CAPÍTULO XXXVI.....	16
CAPÍTULO XXXVII	17
CAPÍTULO XXXVIII.....	17
CAPÍTULO XXXIX.....	18
CAPÍTULO XL	19
CAPÍTULO XLI.....	19
CAPÍTULO XLII	20
CAPÍTULO XLIII	20
CAPÍTULO XLIV	20
CAPÍTULO XLV	20
CAPÍTULO XLVI.....	21
CAPÍTULO XLVII.....	21
CAPÍTULO XLVIII	22
CAPÍTULO XLIX.....	22
CAPÍTULO L	23
CAPÍTULO LI.....	23
CAPÍTULO LII	24
CAPÍTULO LIII	24
CAPÍTULO LIV	25
CAPÍTULO LV	25
CAPÍTULO LVI.....	26
CAPÍTULO LVII	26
CAPÍTULO LVIII.....	26
CAPÍTULO LIX.....	27
CAPÍTULO LX	28
CAPÍTULO LXI.....	29

CAPÍTULO LXII	30
CAPÍTULO LXIII	31
CAPÍTULO LXIV	31
CAPÍTULO LXV	32
CAPÍTULO LXVI.....	32
CAPÍTULO LXVII.....	33
CAPÍTULO LXVIII	34
CAPÍTULO LXIX.....	35
CAPÍTULO LXX	36
CAPÍTULO LXXI.....	37
CAPÍTULO LXXII.....	39
CAPÍTULO LXXIII	39
CAPÍTULO LXXIV	40
CAPÍTULO LXXV	41
CAPÍTULO LXXVI.....	42
CAPÍTULO LXXVII.....	42
CAPÍTULO LXXVIII	43
CAPÍTULO LXXIX	44
CAPÍTULO LXXX	44
CAPÍTULO LXXXI.....	45
CAPÍTULO LXXXII.....	46
CAPÍTULO LXXXIII	47
CAPÍTULO LXXXIV	48
CAPÍTULO LXXXV	48
CAPÍTULO LXXXVI.....	49
CAPÍTULO LXXXVII.....	49
CAPÍTULO LXXXVIII	49
CAPÍTULO LXXXIX	54
CAPÍTULO XC.....	57
CAPÍTULO XCI.....	58
CAPÍTULO XCII	58
CAPÍTULO XCIII.....	60

CAPÍTULO XCIV.....	60
CAPÍTULO XCV.....	61
CAPÍTULO XCVI.....	61
CAPÍTULO XCVII.....	63
CAPÍTULO XCVIII.....	64
CAPÍTULO XCIX.....	64
CAPÍTULO C.....	65
CAPÍTULO CI.....	65
CAPÍTULO CII.....	66
CAPÍTULO CIII.....	67
CAPÍTULO CIV.....	68
CAPÍTULO CV.....	68

CAPÍTULO I

1. He aquí las palabras de Henoc con las que bendijo a los elegidos y a los justos que vivan en los tiempos de aflicción, cuando sean castigados todos los malvados y los impíos. Henoc, hombre justo que seguía los caminos del Señor, al serle abiertos los ojos y después de contemplar una santa visión en los cielos, habló diciendo: He aquí lo que me enseñaron los ángeles.
2. Los ángeles me revelaron todas las cosas y me dieron la inteligencia de lo que había visto, lo cual no tenía que suceder en esta generación, sino en una generación lejana, para el bien de los elegidos.
3. Es por mediación de ellos que puedo hablar y conversar con Aquél que un día deberá abandonar su celeste morada, el santo, el poderoso, el Señor de este mundo.
4. La cual debe hollar un día la cumbre del monte Sinaí, aparecer en su tabernáculo y manifestarse con toda la fuerza de su celeste poder.
5. Todos los vigilantes se asustarán, todos se atemorizarán.
6. Todos serán presa del miedo y el sobresalto por todos los confines de la tierra. Las altas montañas se estremecerán; las elevadas colinas se hundirán; se fundirán ante su rostro como la cera ante la llama. La tierra se sumergirá y todo lo que la habita perecerá. Luego, todos los seres serán juzgados, todos, incluso los justos.
7. Pero los justos obtendrán la paz; El preservará a los elegidos y ejercerá sobre ellos su clemencia.
8. Entonces ellos se convertirán en propiedad de Dios. El los colmará de felicidad y de bendiciones, y el esplendor de la Divinidad Solar les iluminará.

CAPÍTULO II

1. He aquí que Él llega con diez mil de sus santos, para juzgar a todas las criaturas, para destruir la raza de los malvados y castigar a toda carne a causa de los crímenes que el pecador y el impío han cometido contra Él.

CAPÍTULO III

1. Todos los que habitan en los cielos saben lo que pasa allá abajo.
2. Saben que los globos celestes que nos iluminan no cambian su curso en absoluto; que cada uno de ellos se levanta y se pone regularmente, en el tiempo que propiamente le corresponde, sin transgredir jamás las órdenes recibidas. Miran a la tierra, y de repente saben todo lo que en ella sucede desde el principio hasta el final.
3. Ven que cada una de las creaciones de Dios sigue invariablemente el curso que le es trazado. Ven el verano y el invierno, ven que toda la tierra está llena de agua, y que las nubes, los vapores y, la lluvia refrescan la temperatura.

CAPÍTULO IV

1. Consideran y admiran cómo cada árbol se corona de hojas, cómo las pierde después, con la excepción de catorce árboles privilegiados que permanecen siempre verdes, y que durante muchos inviernos presentan la apariencia de la primavera.

CAPÍTULO V

1. Después admiran durante los días de verano cómo calienta el sol a la tierra, desde el inicio de su carrera, mientras vosotros buscáis el frescor del follaje; mientras el suelo es resquebrajado por el tórrido calor, y vosotros sois incapaces de pasearos ya sea por el llano o por el monte.

CAPÍTULO VI

1. Seguidamente, admiran cómo los árboles cubriéndose de hojas dan, al mismo tiempo, frutos; mas también comprenden y reconocen, al mismo tiempo, que Aquél que vive eternamente hace para nosotros todas las cosas.

2. Que todas las obras de cada año, que todas sus creaciones siguen invariablemente las órdenes que Él les ha dado; sin embargo, cuando Dios lo ha resuelto así, todas las cosas deben desaparecer.

3. Ven cómo los mares y los ríos cumplen cada uno su misión respectiva.

4. Mientras que vosotros no soportáis sino con penas y fatigas, no cumplís sino imperfectamente los mandamientos de vuestro Señor; transgredís sus órdenes, calumniáis su grandeza, y vuestra boca impía pronuncia blasfemias contra su majestad.

5. Pecadores de corazón empedernido ¡no habrá paz para vosotros!

6. Vuestros días serán malditos, y los años de vuestra vida, serán borrados del libro de los vivos; vosotros seréis la execración de todas las criaturas, y no obtendréis ninguna misericordia.

7. En este día, vuestra paz será turbada por la eterna maldición de todos los justos, e incluso los pecadores os execrarán para siempre jamás.

8. Sí, os execrarán tanto como los impíos.

9. Mas para los elegidos, para ellos será la luz, la dicha, la paz; para ellos será la herencia terrestre.

10. Para vosotros, impíos, será la maldición.

11. Entonces los elegidos recibirán la sabiduría, y ya no habrá más transgresión ni impiedad ni orgullo; mas ellos se conducirán con prudencia, se humillarán a sí mismos, y no violarán más los santos mandamientos.

12. De este modo no serán condenados por el resto de sus vidas, y su muerte será sin turbación y sin dolor; la cuenta de sus días estará completa; envejecerán en la dicha y en la paz y sus años de bienaventuranza se multiplicarán con la dicha, con la paz, sin sombras, sin turbaciones, durante todo el tiempo de su existencia.

CAPÍTULO VII

1. Cuando en aquel tiempo los hijos de los hombres se hubieron multiplicado, aconteció que les nacieron hijas elegantes y bellas.

2. Y cuando los ángeles, los hijos de los cielos, las hubieron visto, se enamoraron de ellas, y se dijeron unos a otros: escojamos a unas mujeres de la raza de los hombres, y tengamos hijos con ellas.

3. Entonces Samyaza, su jefe, les dijo: Me temo mucho que no podáis realizar vuestro propósito.
4. Y que no soporte solo la pena de vuestro crimen.
5. Mas ellos le respondieron: Os lo juramos.
6. Y nos comprometemos todos mediante mutuas execraciones; no cambiaremos en absoluto nuestro propósito, ejecutaremos lo que hemos resuelto.
7. En efecto, se conjuraron y comprometieron mediante mutuas execraciones. Su número era de doscientos, los cuales descendieron sobre Aradis, lugar situado cerca del monte Armón.
8. Esta montaña había sido llamada Armón porque fue allí donde se conjuraron y comprometieron mediante mutuas execraciones.
9. He aquí el nombre de sus jefes: Samyaza, el jefe supremo; Urakabameel, Akibeel, Tamiel, Ramuel, Danel, Azkeel, Saraknyal, Asael, Armers, Batraal, Anane, Zavebe, Samsaveel, Ertael, Turel, Yomyael, Arazyal. Tales fueron los jefes de estos doscientos ángeles, y el resto estaba todos con ellos.
10. Y cada uno de ellos eligió una mujer, y se acercaron a ellas, y cohabitaron con ellas; y les enseñaron entre otras cosas la hechicería, los encantamientos y las propiedades de las raíces de los árboles.
11. Y estas mujeres concibieron y dieron a luz a gigantes.
12. Cuya estatura era de trescientos codos. Devoraban todo aquello que el trabajo de los hombres pudiera producir, y se volvió imposible alimentarlos.
13. Entonces se revolvieron contra los hombres mismos, con el fin de devorarlos.
14. Y empezaron a lanzarse sobre los pájaros, las bestias, los reptiles y los peces, para saciarse con sus carnes y apagar su sed con sus sangres.
15. Y entonces la tierra reprobó a los malvados.

CAPÍTULO VIII

1. Azazyel enseñó además a los hombres a hacer espadas, cuchillos, escudos, corazas y espejos; les enseñó la fabricación de brazaletes y de ornamentos, el uso de la pintura, el arte de pintarse las cejas, de emplear las piedras preciosas y de toda especie de tinturas, de tal manera que el mundo fue corrompido.
2. La impiedad se acrecentó; la fornicación se multiplicó, las criaturas transgredieron y corrompieron todos sus caminos.
3. Amazarak enseñó todos los sortilegios, todos los encantamientos y las propiedades de las raíces.
4. Armers enseñó el arte de resolver los sortilegios.
5. Barkayal enseñó el arte de observar las estrellas.
6. Akibeel enseñó los signos.
7. Tamiel enseñó la astronomía.
8. Asaradel enseñó los movimientos de la luna.
9. Y los hombres, ya a punto de perecer, elevaron sus preces, y sus preces llegaron al cielo.

CAPÍTULO IX

1. Entonces Michael y Gabriel, Rafael, Suryal y Uriel, hicieron descender sus miradas de los cielos a la tierra, y vieron las oleadas de sangre que la enrojecían, y las iniquidades que en ella se cometían, y se dijeron los unos a los otros: Es el ruido de sus gritos.
2. La tierra privada de sus hijos ha elevado su voz hasta las puertas del cielo.
3. Es a vosotras, ¡oh esencias celestes!, a quienes las almas dirigen sus quejas diciendo: Obtened para nosotros la justicia del Altísimo. Entonces ellos dijeron a su dueño y señor: Tú eres el Señor de los señores, el Dios de los dioses, el Rey de los reyes. El trono de tu gloria se eleva por toda la eternidad, y por toda la eternidad tu nombre es santificado y glorificado. Tú eres bendecido y glorificado por siempre.
4. Tú eres el creador, el dueño soberano de todas las cosas; nada está oculto a tu mirada penetrante. Tú dominas sobre todo, y nada puede sustraerse a tu autoridad.
5. Has visto lo que Azazyel ha hecho; cómo ha enseñado a los hombres toda especie de iniquidades, y cómo ha revelado al mundo todo lo que pasa en los cielos.
6. Samyaza ha enseñado también a los hombres la hechicería, él a quien tú habías situado por encima de todos sus compañeros. Ellos se han unido a las hijas de los hombres y han pecado con ellas y se han mancillado.
7. Les han mostrado los crímenes más abominables.
8. Y las mujeres han dado a luz a gigantes.
9. Y toda la tierra ha sido colmada de sangre y de iniquidad.
10. Y he aquí ahora que las almas de los que están muertos elevan la voz hacia Ti.
11. Y hacen subir sus quejas hasta las puertas del cielo.
12. Sus lamentos suben hacia Ti, los hombres no pueden sustraerse a la iniquidad que cubre: la faz de la tierra. Sin embargo tú conoces todas las cosas antes incluso de que existan.
13. Tú conoces todas las cosas, Tú sabes todo lo que pasa, y sin embargo no nos dices nada.
14. Por tantos crímenes, ¿qué debemos hacer a los malvados?

CAPÍTULO X

1. Entonces el Altísimo, el grande y el santo hizo oír su voz.
2. Y envió a Arsayalalyur, al hijo de Lamech.
3. Diciendo: Háblale en mi nombre, mas ocúltate a sus ojos.
4. Después revélale el gran cataclismo que debe hacer perecer a todos los hombres, pues las aguas del diluvio se esparcirán sobre la faz de la tierra, y toda criatura será destruida.
5. Pero enséñale los medios de escapar; dile cómo su raza se perpetuará sobre toda la tierra.
6. Después el Señor dijo a Rafael: Coge a Azazyel, átale los pies y las manos; arrójalo a las tinieblas y abandónale en el gran desierto de Dudael.
7. Haz llover sobre él piedras pesadas y puntiagudas; envuélvelo de tinieblas.

8. Que permanezca allí para siempre, que su cara sea cubierta por un velo espeso y que no vea jamás la luz.
9. Y cuando despunte el día del juicio, échalo al fuego.
10. Sin embargo, purifica la tierra que los ángeles han mancillado, anúnciale la vida, anúnciale que Yo la revivificaré.
11. Los hijos de los hombres no perecerán todos a causa de los secretos que los vigilantes les han revelado y que ellos han enseñado a sus descendientes.
12. Pero la tierra ha sido mancillada por las enseñanzas impuras de Azazyel. Así pues, es éste quien debe ser responsable de todos los crímenes.
13. El Señor dijo en seguida a Gabriel: Ve hacia los malvados, hacia los réprobos, hacia los hijos de fornicación; extermina a esos hijos de fornicación, a esos vástagos de los vigilantes, de entre los hombres; empújales, excítalos a los unos contra los otros. Que perezcan por sus propias manos, pues sus días no serán completados.
14. Te suplicarán, pero sus plegarias no obtendrán nada para ellos, y será en vano si esperan para sus hijos la vida eterna, ni tan solo una vida de quinientos años.
15. El Señor dijo después a Michael: Ve y anuncia el castigo que espera a Samyaza y a todos aquellos que han participado en estos crímenes, que se unieron a mujeres y que se han mancillado con toda suerte de impurezas. Y cuando sus hijos estén exterminados, cuando hayan visto la ruina de aquello que tienen por más querido en el mundo, encadénales bajo la tierra, por setenta generaciones, hasta el día del juicio y de la consumación universal, y el efecto de este juicio será para ellos eterno.
16. Entonces serán arrojados a las profundidades de un fuego que les atormentará sin cesar, y permanecerán allí por toda la eternidad.
17. Su jefe arderá con ellos en las llamas, y todos estarán encadenados allí hasta la consumación de un gran número de generaciones.
18. Extermina al mismo tiempo a todas las almas entregadas a culpables juegos; extermina a los vástagos de los vigilantes, pues demasiado tiempo han tiranizado ya al género humano.
19. Que los opresores sean quitados de la faz de la tierra.
20. ¡Que el mal sea aniquilado!
21. Antes bien, que la planta de la justicia y de la equidad vuelva a florecer, y se convierta en garantía de bendición.
22. Y entonces todos los santos dirigirán al cielo sus acciones de gracias y vivirán hasta que hayan engendrado mil hijos, mientras que los días de su juventud y sus celebraciones transcurrirán en la dicha y en la paz. En esta época toda la tierra será cultivada dentro de la justicia; ella se colmará de árboles y de bendiciones, árboles deliciosos serán plantados en ella.
23. La viña crecerá en abundancia, y producirá fruto hasta la saciedad; todas las semillas que serán confiadas a la tierra, reportarán mil medidas por una, y una medida de oliva, producirá diez prensadas de aceite.
24. Libera a la tierra de toda tiranía, de todo crimen, de toda impiedad, de todo lo que pueda mancillarla, Que el mal sea barrido de ella para siempre jamás.

25. Entonces, los hijos de los hombres vivirán en la justicia, y todas las naciones me rendirán los honores que me son debidos; todas me bendecirán, todas me adorarán.

26. La tierra será liberada de toda corrupción, de todo crimen, de todo castigo, de todo sufrimiento, y ya no tendrá por qué temer de mí un diluvio exterminador.

CAPÍTULO XI

1. Durante estos días, abriré los tesoros de bendiciones que encierra el cielo, los esparciré sobre la tierra, y fecundarán las obras y el trabajo de los hombres.

2. La paz y la justicia se aliarán con los hombres, y estas uniones sagradas durarán tanto como el mundo y como las generaciones.

CAPÍTULO XII

1. Antes de que se cumplieran todas estas cosas, Henoc fue arrebatado de la tierra, y nadie supo dónde había sido transportado ni lo que le había sucedido.

2. Todas sus jornadas las pasó con los santos y con los vigilantes.

3. Yo, Henoc, bendigo al gran Señor, al rey de la paz.

4. Y he aquí que los vigilantes me nombraron Henoc el escriba.

5. Y el Señor me dijo: Henoc, escribe de justicia, ve a decir a los vigilantes del cielo, que han abandonado las alturas sublimes de los cielos y sus eternas moradas, que se han mancillado con las mujeres.

6. Y han practicado las obras de los 'Hombres al tomar mujeres como hacen éstos, y en fin, que se han corrompido en la tierra.

7. Diles que en la tierra no obtendrán ni paz ni remisión de sus pecados. Jamás se regocijarán a causa de sus vástagos; verán a sus seres queridos exterminados; llorarán a sus hijos exterminarán minados; me rogarán por ellos, pero jamás obtendrán ni paz ni misericordia.

CAPÍTULO XIII

1. Partió pues Henoc y dijo a Azazyel: Ya no hay paz para ti. Una gran sentencia ha sido pronunciada contra ti. Él te encadenará.

2. No habrá jamás para ti ni sosiego ni misericordia ni intercesión, a causa de la que tú has enseñado.

3. Y porque has enseñado a los hombres a ultrajar a Dios, a pecar y a tiranizar a sus semejantes.

4. Y le dejé, y fui a anunciar la misma a todos los compañeros de sus crímenes.

5. Y se aterrorizaron y fueron presa de un espantoso temblor.

6. Y me suplicaron que escribiera para ellos una humilde súplica para obtener el perdón de sus faltas, me rogaron que la hiciera llegar al trono del Dios del cielo, pues ellos ni tan sólo osaban dirigirse a Él, ni tan siquiera levantar los ojos al cielo, a causa del gran crimen por el cual habían sido juzgados.

7. Entonces yo escribí una humilde súplica respecto a ellos, con el fin de que obtuvieran reposo y misericordia por todo lo malo que habían hecho.

8. Después les dejé y continué mi camino, mientras leía su ruego, hacia las aguas del Danbadan, que se hallan al oeste de Armón, y me dormí.
9. Y he aquí que tuve un sueño y una visión celeste. Caí en éxtasis y vi en una visión el castigo cuya triste nueva debía yo anunciar a los hijos de los cielos, al par que darles una reprimenda. Cuando me desperté, regresé donde ellos. Estaban reunidos, agobiados, llorando y con el rostro velado, en Oubelseyael, lugar situado entre el Líbano y Seneser.
10. Les di cuenta de mis visiones y de mis sueños.
11. Y les dirigí estas palabras justicieras y reprimendas que merecían los hijos de los cielos.

CAPÍTULO XIV

1. Este es el libro de las palabras justicieras, y de las palabras dirigidas a los vigilantes, que son de este mundo, según la orden que me ha dado en la visión el Santo y el Grande. Yo vi pues en sueños que hablaba con mi lengua de carne y con el mismo aliento con que el Todopoderoso ha animado la boca de los hombres, para que puedan conversar entre ellos.
2. Y comprendí con el corazón. Y lo mismo que el Señor ha creado y dado a los hombres el poder de comprender las palabras que se dirigen a la inteligencia, así también, ha creado para nosotros, y me ha dado el poder de reprender a los vigilantes, a los hijos del cielo. Así pues, yo he redactado vuestros ruegos, mas he visto en una visión, que mientras el mundo exista, jamás obtendréis lo que pedís.
3. La sentencia ha sido pronunciada en contra de vosotros; todas vuestras plegarias son inútiles.
4. Así, a partir de ahora, ya no subiréis más al cielo, y en la tierra, seréis encadenados por tanto tiempo como exista el mismo mundo.
5. Pero anteriormente, seréis testigos de la miseria de todos los que os son queridos; ya no les poseeréis más. Ellos caerán bajo la espada ante vuestros propios ojos.
6. Y no elevéis en absoluto ninguna plegaria ¡ni por ellos ni por vosotros!
7. Antes bien, lloraréis y suplicaréis en silencio. Tales son las palabras del libro que yo escribí.
8. He aquí ahora la visión que tuve:
9. Estaba yo rodeado de nubes y de niebla espesa, contemplaba con inquietud el movimiento de los astros y el de los relámpagos, mientras los vientos favorables levantaban mis alas y aceleraban mi carrera.
10. Así fui yo arrebatado hasta el cielo, y pronto llegué a un muro construido con piedras de cristal. Unas llamas móviles rodeaban sus contornos. Empecé a ser presa del mayor espanto.
11. Sin embargo, me introduje por en medio de estas llamas.
12. Y penetré en una vasta habitación cuyo pavimento era de piedras de cristal. Los muros, como el pavimento, eran igualmente de cristal lo mismo que los cimientos. Su techo estaba formado por estrellas errantes y relámpagos de luz, y allí en medio, se veían unos querubines de fuego en un cielo tempestuoso. Unas llamas vibraban alrededor de

estas murallas, y la puerta era de fuego. Cuando hube entrado en esta habitación, noté que era a la vez ardiente como el fuego y fría como el hielo, no habiendo allí vestigio alguno de bienaventuranza ni de vida. Entonces, un terror repentino se apoderó de mí; me estremecí de espanto.

13. Temblando del todo, caí de cara al suelo, y tuve una visión.

14. He aquí: Había otra habitación más espaciosa que la primera, todas las puertas de la cual estaban abiertas ante mí, en medio de una llama vibrante.

15. Tal era su gloria, su magnificencia, su grandeza, que me es imposible describiros el esplendor que la rodea ni su vasta extensión.

16. El pavimento era de fuego; por encima brillaban relámpagos y estrellas errantes y el techo era todo él de un fuego rutilante.

17. La examiné con atención, y vi que allí había un trono elevado.

18. Cuyo aspecto semejaba al granizo, mientras que su contorno era como el orbe deslumbrante del sol, y de él salían voces de querubines.

19. De este trono poderoso, escapaban torrentes de llamas.

20. Que eran imposibles de contemplar.

21. Y había uno sentado sobre este trono de gloria.

22. Cuya vestidura era más brillante que el sol y más blanca que la nieve.

23. Y ningún ángel era capaz de mirar a la cara al Glorioso y Magnífico, ni de acercarse a Él; ningún ojo mortal puede contemplarlo. Un fuego brillante ardía alrededor de Él.

24. También se elevó ante El, un fuego de una gran extensión; de manera que ninguno de los que le rodeaban pudiera acercarse, y miríadas y miríadas estaban ante El. No tenía El necesidad de consejos ni de asistencia, y los santos que formaban su corte, no le dejaban ni de día ni de noche. Me acerqué todo lo que pude, velando mi cara y lleno de pavor. Entonces el Señor mismo se dignó a llamarme por mi nombre con su propia boca: Acércate, dijo, acércate más, y ven a escuchar mi santa palabra.

25. Y me cogió y me hizo llegar hasta la puerta. Y yo tenía los ojos mirando hacia el suelo.

CAPÍTULO XV

1. Entonces, dirigiéndose a mí, me habló así: Escucha, escucha sin temor, ¡oh justo Henoc, oh escriba de justicia!, acércate y escucha mi voz. Ve y diles a los vigilantes del cielo que te han enviado para que me ruegues por ellos: ¡Sois vosotros quienes debíais rogar por los hombres, y no los hombres por vosotros!

2. ¿Por qué habéis abandonado las santas alturas del cielo, vuestra morada eterna, para ir a mancillaros con mujeres? ¿Por qué os habéis prendado de las hijas de los hombres; las habéis hecho vuestras esposas, habéis practicado con ellas las obras de los hijos de la tierra, y dado nacimiento a una raza impía?

3. Vosotros que érais espíritus celestes, en posesión de la santidad, de la vida eterna, os habéis mancillado con mujeres, habéis trabajado en las obras de la carne, habéis engendrado con la sangre, habéis actuado como los que sólo son de sangre y de carne.

4. Ellos han sido creados para morir.

5. He aquí por qué les he dado mujeres, a fin de que puedan cohabitar con ellas y engendrar hijos que perpetúen su raza sobre la tierra por generaciones.
6. Pero vosotros habéis sido creados espíritus puros desde el principio, poseéis una vida eterna, no estáis sujetos a la muerte en absoluto.
7. Por eso no os había dado mujeres, porque, como espíritus puros, os correspondía habitar en el cielo.
8. Y ahora los gigantes, que son el precio del comercio del espíritu con la carne, serán llamados en la tierra espíritus malos, y su morada estará sobre la tierra. Ellos procrearán a su vez malos espíritus, porque tienen algo del cielo por una parte de su ser, ya que su origen procede de los santos, vigilantes. Serán pues malos espíritus de la tierra, y se les llamará espíritus del mal. La morada de los espíritus celestes es el cielo, mas es la tierra la que debe ser la morada de los espíritus terrestres que han nacido en la tierra.
9. Los espíritus de los gigantes serán como las nubes, que aportan sobre la tierra plagas de toda especie, la peste, la guerra, el hambre.
10. Y el duelo. No beberán ni comerán, siendo invisibles a todas las miradas, y se sublevarán entre los hombres y las mujeres, porque han recibido la vida en los días de destrucción y de matanza.

CAPÍTULO XVI

1. Luego de la muerte de los gigantes, a cualquier parte que vayan sus almas cuando abandonen sus cuerpos, procura que lo que es carne en ellos, perezca antes del juicio. Que sea exterminada hasta el día de la gran consumación del universo, cuando los vigilantes y los impíos sean destruidos para siempre.
2. En cuanto a los vigilantes, que te han enviado para que me implores por ellos.
3. Diles a estas inteligencias celestes: Vosotros habéis tenido el cielo por morada, mas los secretos de las alturas no os han sido revelados; sin embargo, habéis conocido un secreto de iniquidad.
4. Y lo habéis descubierto a las mujeres en los movimientos de vuestro corazón, y a causa de ello habéis multiplicado el mal sobre la faz de la tierra.
5. Diles pues: ¡jamás alcanzaréis gracia, jamás recibiréis la paz!

CAPÍTULO XVII

1. Después me transportaron a un lugar donde había un fuego devorador, y donde, según les venía en gana, tomaban la apariencia del hombre.
2. Me condujeron a un lugar elevado, sobre una montaña, cuya cima se lanzaba audazmente hacia los cielos.
3. Y vi los tesoros de los relámpagos y del trueno en las extremidades de este lugar, en el rincón más profundo. Había allí un arco de fuego y unas flechas dentro de un carcaj, y una espada de fuego y toda especie de relampagueos.
4. Luego me transportaron cerca de un agua surgiente, del lado de occidente, hacia los fuegos del sol poniente. Llegué a un río de fuego que discurría como el agua y se arrojaba al gran mar occidental.

5. Vi todos los grandes ríos, y llegué pronto al centro de las negras tinieblas; en estos lugares donde toda carne emigra, yo vi las montañas de las tinieblas que producen el invierno, y el lugar por donde el agua se precipita por sus abismos respectivos.
6. Vi también la desembocadura de todos los ríos del mundo, y la del abismo.

CAPÍTULO XVIII

1. Después llegué a los receptáculos de todos los vientos, y reparé en cómo servían para el ornamento de la tierra, y para la conservación de los cimientos de la tierra.
2. Vi la piedra que soporta los ángulos de la tierra.
3. También vi los cuatro vientos que sostienen a la tierra y al firmamento del cielo.
4. Vi los vientos que soplan en las alturas del cielo.
5. Los que se elevan entre el cielo y la tierra, y forman las columnas del cielo.
6. Vi los vientos que hacen girar al cielo y que arrastran en sus órbitas al sol y a las estrellas, y por encima de la tierra vi el viento que sostiene a las nubes.
7. Vi el camino de los ángeles.
8. Vi en la extremidad de la tierra, el firmamento del cielo que se apoya sobre ella. Entonces me volví hacia el mediodía.
9. Allí ardían noche y día seis montañas de piedras preciosas, tres del lado de oriente, tres del lado del mediodía.
10. Las del lado de oriente se componían de piedras de diversos colores; de perlas y de antimonio; las del lado del mediodía eran piedras rojas. Sus crestas se elevaban hasta el cielo, como el trono de Dios; eran de alabastro y, en su parte superior, de zafiro. Vi también el fuego ardiente que quemaba encima de las montañas.
11. También allí, vi en una región inmensa el lugar donde las aguas eran recogidas.
12. Vi también en aquel lugar las fuentes de la tierra, escondidas en las columnas abrasadas de los cielos.
13. Y en estas columnas del cielo vi unos fuegos innumerables que de ellas surgían, pero ni hacia arriba ni hacia abajo. Encima de estas fuentes, vi un lugar que no tenía ni el firmamento encima ni la tierra debajo, tampoco había allí nada de agua, y nada a la derecha ni a la izquierda, era una playa desierta.
14. Y allí percibí siete estrellas, brillantes como montañas de fuego, o como sublimes espíritus.
15. Entonces el ángel dijo: este sitio será hasta la consumación del cielo y, de la tierra la prisión de las estrellas y de los ejércitos del cielo.
16. Esas estrellas que giran por encima del cielo son las que han transgredido los mandamientos de Dios, antes del fin de su prueba. También las ha encadenado en este lugar, hasta que hayan expiado su crimen en el año misterioso.

CAPÍTULO XIX

1. Entonces Uriel exclamó: He aquí los ángeles que han cohabitado con las mujeres y se han designado jefes;

2. Que han mancillado a los hombres y multiplicado entre éstos los errores, hasta el punto de hacerles hacer sacrificios a los demonios como si fueran dioses. Pero en el gran día serán juzgados y perecerán, y sus mujeres con ellos, porque se dejaron seducir sin resistencia.

3. Y yo, Henoc, y sólo yo, he visto el fin de todas las cosas, y no ha sido dado a nadie el verlo como yo.

CAPÍTULO XX

1. He aquí el nombre de los ángeles que velan eternamente.

2. Uriel, uno de los santos ángeles que preside el trueno y el temblor.

3. Rafael, uno de los santos ángeles que preside los espíritus de los hombres.

4. Ragüel, uno de los santos ángeles que castiga al mundo y a los astros.

5. Michael, uno de los santos ángeles que preside la virtud de los hombres y manda a las naciones.

6. Sarakiel, uno de los santos ángeles que preside a los hijos de los hombres que pecan.

7. Gabriel, uno de los santos ángeles que preside Isikat, el paraíso y los querubines.

CAPÍTULO XXI

1. Hice en seguida un largo circuito para llegar a un lugar donde nada estaba del todo completo.

2. No vi yo allí ni la obra admirable del cielo elevado, ni la tierra y sus maravillas; aquello no era más que un desierto solitario y terrible.

3. Allí también vi yo siete estrellas encadenadas unas a otras, como grandes montañas, como fuegos abrasados. Y exclamé ante esta visión: ¿Por qué crimen están encadenadas estas estrellas, por qué han sido relegadas a este lugar? Entonces Uriel, uno de los santos ángeles que estaba conmigo y que me servía de guía, me respondió: Henoc ¿por qué haces esta pregunta? ¿Por qué tienes esta inquietud, esa ansiedad? Estas estrellas han transgredido el mandato del Dios Altísimo; y para expiar su crimen, han sido encadenadas en este lugar por un número infinito de siglos.

4. De allí, pasé a otro lugar de terror:

5. Allí vi la actuación de un fuego inmenso, ardiente y devorador, en medio del cual había una división. Y las columnas de fuego se combatían entre ellas y ellas se hundían en el abismo. Y me fue imposible evaluar su anchura y su altura; no pude averiguar su origen. Y exclamé además al ver aquello: ¡Que lugar tan terrible! cuán difícil es sondear sus misterios.

6. Uriel, uno de los ángeles que estaban conmigo, me respondió diciendo: Henoc ¿por qué te alarmas, por qué te asombras al ver este lugar de sufrimiento? Es esta, añadió, la gran prisión de los ángeles ¡y serán encerrados aquí para siempre jamás!

CAPÍTULO XXII

1. De allí me adelanté hacia otro lugar, donde, por el lado de occidente, vi una grande y alta montaña, un peñón escarpado, y cuatro receptáculos deliciosos.

2. Por su interior, este lugar era profundo, espacioso, pulido y uniforme, pero de una profunda oscuridad.
3. Entonces Rafael, uno de los santos ángeles que me acompañaban me dijo: He aquí las bienaventuradas regiones donde son congregados los espíritus, las almas de los muertos: es allí donde deben reunirse todas las almas de los hijos de los hombres.
4. Es en estos lugares donde permanecerán hasta el día del juicio, hasta el día que les está señalado.
5. Ahora bien, este tiempo tardará en llegar, pues es el día del gran juicio. Y vi los espíritus de los hijos de los hombres que estaban muertos, y sus gritos acusadores se elevaban hasta el cielo.
6. Entonces interrogué a Rafael, el ángel que me acompañaba, y le dije: ¿De quién es esa voz acusadora que sube hacia el cielo?
7. El me respondió: Es la voz del espíritu de Abel que fue muerto por su hermano Caín, al cual acusará hasta que su raza sea exterminada de la faz de la tierra.
8. Hasta que su raza sea borrada de entre los hombres.
9. Entonces le interrogué sobre él, sobre el juicio universal y le dije: ¿Por qué están separados los unos de los otros? El me respondió: Hay tres clases distintas entre los espíritus de los muertos; tres clases entre los espíritus de los justos.
10. Estas clases son distinguidas por un abismo, por el agua y por la luz que está encima del agua.
11. Los pecadores también son clasificados; después de su muerte, son depositados en la tierra, si el juicio no les ha prevenido mientras aún vivían.
12. Es aquí donde sus almas son encerradas; es aquí donde son presa de dolores intolerables, castigo de aquellos que están malditos por la eternidad, y cuyas almas serán castigadas y encadenadas para siempre.
13. Y he aquí lo que existe desde el comienzo del mundo. Las almas de los que plañen están separadas de las que velan por su ruina, Por su exterminación en el día de los pecados.
14. Tal es la morada destinada a las almas de los hombres injustos y pecadores, a las almas de los que han cometido la iniquidad y que se han mezclado con la sociedad de los impíos, a los cuales se asemejan. Sus almas no serán en absoluto aniquiladas en el día del juicio, sino encerradas en este lugar del cual no saldrán jamás. Entonces yo alabé a Dios.
15. Y dije: Bendito seas Señor mío, Señor de gloria y de justicia, el dominador supremo y eterno del mundo.

CAPÍTULO XXIII

1. De allí llegué a otro lugar, del lado de occidente, en los confines de la tierra.
2. Donde vi un fuego ardiente y un movimiento perpetuo, que rodaba noche y día, sin detenerse jamás.
3. E interrogué al ángel que me acompañaba le dije: ¿Qué es eso? ¿Por qué ese movimiento incesante?
4. Entonces Ragüel, uno de los ángeles que me acompañaban, me respondió:

5. Este fuego ardiente, que se mueve sin cesar hacia el occidente, es el fuego que inflama a todos los astros del cielo.

CAPÍTULO XXIV

1. De allí fui a parar a otro lugar, y vi una montaña de fuego ardiente noche y día. Cuando me hube acercado, percibí siete brillantes montañas, cada una de las cuales era distinta a las otras.

2. Las piedras de las que habían sido formadas eran bellas y relucientes; brillan e irradian al verlas y su superficie es pulida. Había tres de ellas al oriente, firmes por demás, puesto que estaban una encima de la otra, y había tres al mediodía, igualmente firmes. Había también profundos valles, mas estaban separados unos de otros. En medio se elevaba la séptima montaña. Y todas estas montañas aparecían a lo lejos como tronos majestuosos, y estaban coronadas de árboles aromáticos.

3. Entre estos árboles, había uno de un aroma que renacía incesantemente, y tan suave que no hubo ninguno en el jardín del Edén que exhalase un perfume tan delicioso. Sus hojas, sus flores, su madera, no se marchitaban jamás, y sus frutos eran hermosos.

4. Sus frutos se parecían a los frutos de la palmera. Al ver aquello exclamé: He aquí un árbol admirable de ver ¡qué hojas tan bellas, qué frutos tan deliciosos! Entonces Michael, uno de los santos y gloriosos ángeles que me acompañaban, y que estaba al frente de ellos, me respondió:

5. Henoc ¿por qué me preguntas respecto al olor de este árbol?

6. ¿Por qué estás ávido por conocerlo?

7. Entonces yo, Henoc, le respondí: Quisiera saberlo todo, pero sobre todo, lo que mira este árbol.

8. El ángel respondió: Esta montaña que ves y cuya elevada cabeza iguala en altura al trono del Señor, será el sitio donde reposará el Señor de santidad y de gloria, el Rey eterno, cuando venga y descienda en su bondad a visitar la tierra.

9. En cuanto a este árbol de suave aroma, cuyo perfume no tiene nada de carnal, nadie pondrá la mano sobre él hasta el día del juicio. Cuando los malvados hayan sido entregados a los tormentos eternos, este árbol será dado a los justos y a los humildes. Sus frutos serán reservados a los elegidos. Pues la vida será plantada en el santo lugar, hacia el lado del septentrión, hacia la morada del Rey eterno.

10. Entonces se regocijarán y se estremecerán de alegría, en el Santo de los santos; un aroma delicioso penetrará sus huesos, y pasarán, como tus ancestros, una larga vida en la tierra, y ésta no será turbada por penas, desdichas y miserias.

11. Y alabé al Señor de gloria, al Rey eterno, por haber preparado este árbol y haberse dignado a prometerlo a los santos.

CAPÍTULO XXV

1. De allí me dirigí al centro de la tierra, y percibí un lugar afortunado y fértil, donde los árboles retoñaban sin cesar ramas siempre verdes. Allí vi además una montaña sagrada, y debajo, en el flanco oriental, un agua que discurría hacia el mediodía. Percibí además

hacia el oriente otra montaña, igualmente elevada, situada en medio de valles profundos, pero estrechos.

2. El agua discurría hacia la montaña, por el lado de su parte occidental; debajo se alzaba otra montaña.

3. Y al pie de esta montaña, un valle estrecho y, en medio, otros valles profundos y resecos, hacia la extremidad de estas tres montañas. Ahora bien, estos valles, que eran profundos pero estrechos, se componían de un inmenso peñasco sobre el cual había sido plantado un árbol. Y lleno de asombro admiré el peñón y los valles.

CAPÍTULO XXVI

1. Entonces exclamé: ¿Qué significa esta tierra bendita, estos árboles elevados y este valle maldito que les separa?

2. Y Uriel, uno de los santos ángeles que estaban conmigo, me respondió: Este valle está maldito por una maldición eterna. Aquí es donde serán congregados todos los que se sirven de sus lenguas para blasfemar a Dios, que abren la boca para maldecir su gloria. Aquí es donde serán congregados, aquí es donde estará su morada.

3. En el día supremo del juicio se hará de ellos un gran ejemplo de justicia ante los ojos de todos los santos, pues ni éstos obtendrán gracia ante Dios, y le bendecirán todos los días de su vida, como su Señor y su Rey.

4. Y celebrarán este día temible del juicio, a causa de la clemencia que habrá hecho prorumpir sobre ellos. Entonces me volví naturalmente hacia Dios, y alabé su nombre, su grandeza y su gloria.

CAPÍTULO XXVII

1. De allí me dirigí hacia el lado del oriente, hacia una montaña que se eleva en medio del desierto, y de la cual sólo pude percibir la superficie.

2. Estaba cubierta de árboles salidos de la simiente de la cual se ha hablado, y un agua bajaba de ella.

3. De allí, una catarata, compuesta con la apariencia de muchas otras, se escapaba por el occidente y por el oriente. Por un lado se alzaban los árboles, por el otro se veían el agua clara y el rocío.

CAPÍTULO XXVIII

1. Entonces me adelanté hacia otro lugar del desierto, hacia el oriente de la montaña, a la cual me había acercado.

2. Allí percibí unos árboles selectos, sobre todo aquellos que producen los aromas de suaves olores, el incienso, la mirra, árboles todos distintos unos de otros.

3. Había además en ese lugar, dominando a todos esos árboles, una elevación hacia el oriente que no estaba muy alejada.

CAPÍTULO XXIX

1. Vi aun otro lugar, con hermosos valles por donde discurrían las aguas que no se agotaban jamás.
2. Vi un árbol magnífico que, por su olor, igualaba al lentisco.
3. Y por los flancos de este valle percibí el canelero, de delicioso perfume. Y me adelanté hacia el oriente.

CAPÍTULO XXX

1. Entonces percibí otra montaña, repleta de árboles, de donde brotaba un agua semejante al néctar (neketra). Su nombre era Sarira y Calbanén. Y sobre esta montaña vi otra, encima de la cual se alzaban los árboles de aloe.
2. Esos árboles estaban cargados como almendros y eran grandes, y el fruto que producían sobrepasaba todo perfume.

CAPÍTULO XXXI

1. Después de esto, me volví hacia el lado norte y me puse a considerar las entradas de encima de las montañas y percibí siete montañas cubiertas de espliego fino, de árboles aromáticos, de caneleros y de papiros.
2. Después dejé tras de mí las crestas de esas montañas, y adelantándome hacia el oriente, pasé al mar de eritrea. Y cuando lo hube atravesado, volví mis pasos hacia el ángel Zatael, y fui a parar al jardín de Justicia. Allí vi entre otros, muchos árboles elevados, cubiertos de flores.
3. Sus perfumes eran deliciosos, sus formas variadas y elegantes. También estaba allí el árbol de la ciencia, cuyos frutos iluminan la inteligencia de quien se alimenta de él.
4. Era semejante al tamarindo, y sus frutos de una belleza considerable, se parecen a los racimos de uva; su perfume embalsamaba el contorno. Y yo exclamé: ¡Qué árbol tan bello! ¡Qué espectáculo tan delicioso! ¡Oh, maravillas del Señor!
5. Entonces el ángel Rafael, que estaba conmigo, me respondió: Este es el árbol de la ciencia, del cual comieron tu primer padre (Adán) y tu primera madre (Eva), sus frutos les iluminaron; sus ojos fueron abiertos y después de darse cuenta de que estaban desnudos, fueron expulsados del Paraíso terrenal.

CAPÍTULO XXXII

1. Seguidamente, me adelanté hacia los confines de la tierra; allí vi grandes bestias de diversas apariencias, pájaros diferentes de formas y de aspecto, y dotados de voces diferentes.
2. Hacia el oriente del lugar donde se hallaban esas bestias, percibí los límites de la tierra, y el lugar donde el cielo terminaba. Las puertas del cielo estaban abiertas y vi a las estrellas salir de allí. Entonces me puse a contarlas a medida que iban saliendo, y anoté su número exacto. También tomé nota de sus nombres, de sus cursos periódicos y de sus vicisitudes, a medida que el ángel Uriel, que estaba conmigo, me las explicaba.
3. Me las mostró todas, y de todas me dio conocimiento.
4. Me dio a conocer además sus nombres, sus rangos y sus diversas influencias.

CAPÍTULO XXXIII

1. Después me dirigí hacia el septentrión, hasta los confines de la tierra.
2. Y allí, hacia los confines del mundo, vi un prodigio grande y magnífico.
3. Vi las puertas del cielo abiertas, habla tres puertas distintas entre ellas. Por ellas se escapaban los vientos del norte, padre del frío del granizo, del hielo, del rocío y de la lluvia.
4. De una de esas puertas, los vientos soplaban ligeramente, pero por las otras dos soplaban con violencia y su soplo se esparcía por toda la tierra.

CAPÍTULO XXXIV

1. De allí, me dirigí por el lado del occidente, hacia los confines de la tierra.
2. Y vi tres puertas, como las del lado del septentrión. Ahora bien, aquí las puertas eran del mismo tamaño.

CAPÍTULO XXXV

1. Seguidamente me dirigí por el lado del sur, hacia los confines de la tierra. También había allí tres puertas, por donde se escapaban el rocío, la lluvia y el viento.
2. Después me dirigí hacia el oriente, hasta los confines de la tierra, donde vi tres puertas del cielo entornadas hacia el lado del oriente, y cuya entrada era más pequeña. Por estas puertecitas salían las estrellas del cielo, que seguían su ruta invariable hacia el occidente, y esta ruta brillante en todo tiempo.
3. Cuando las percibí, alcé mi voz y alabe al Señor que habla formado esos cuerpos luminosos y resplandecientes, con el fin de revelar a las inteligencias angélicas y humanas, la magnificencia de sus obras; a fin de que celebrasen los unos y los otros las maravillas de su poderío, que glorificasen las labores divinas de sus manos, y a fin de que le alabasen por siempre.

CAPÍTULO XXXVI

1. He aquí otra visión, la segunda visión de sabiduría, la visión que tuvo Henoc, hijo de Jared, hijo de Malaleel, hijo de Cainán, hijo de Enós, hijo de Set, hijo de Adán. Este es el comienzo de esta sabiduría que he recibido para explicar y hacerla amar a los que viven en la tierra. Escuchad pues, y comprended las cosas santas que voy a revelaros, en presencia del Señor de los espíritus. Aquellos que existieron antes que nosotros han considerado el misterio de la palabra como uno de sus deberes.
2. Y nosotros, que venimos tras ellos, no ponemos ningún impedimento a la predicación de la sabiduría, pero jamás hasta este día, ha sido dado a nadie lo que se me ha dado a mí, la sabiduría según mi entendimiento, y en la medida que le parece bien a Dios. Lo que he recibido de Él, es verdaderamente una porción de la vida eterna.
3. Esta sabiduría fue formulada en ciento tres parábolas, que yo he contraído el deber de anunciar a los habitantes de este mundo.

CAPÍTULO XXXVII

1. Primera parábola. Cuando la asamblea de los justos se manifieste en la tierra, los pecadores serán castigados ante los ojos de todos y recibirán el castigo merecido por sus crímenes.
2. Cuando la justicia se manifieste ante los mismos justos, y sus obras sean pesadas por el Señor de los espíritus y les hagan merecedores de recibir la recompensa prometida; cuando la luz de los justos y de los elegidos que habitan la tierra, brille con un fulgor inmortal, en este momento, ¿qué sucederá con la morada del pecador? ¿Dónde estará el lugar de reposo de aquel a quien el Señor haya rechazado? ¡Oh!! Más hubiera valido para él no haber existido jamás!
3. Cuando sean revelados los secretos pensamientos de los justos, los pecadores sufrirán un juicio severo, y los impíos serán atormentados en su presencia.
4. Desde este momento, los dueños de la tierra dejarán de ser potentes y encumbrados. Les resultará imposible el contemplar a los santos cara a cara; pues la luz de los justos y de los elegidos sólo puede ser contemplada por el Señor de los espíritus.
5. Sin embargo, los poderosos de este mundo no serán aniquilados en absoluto, sino que serán entregados a las manos de los justos y de los santos.
6. De ahora en adelante nada de misericordia para ellos por parte del Señor, pues con el tiempo de la vida, el tiempo de la clemencia habrá pasado.

CAPÍTULO XXXVIII

1. Durante esos días, la raza santa y bendita descenderá de las alturas de los cielos, y su generación habitará con los hijos de los hombres. Henoc ha recibido los libros de la indignación y de la cólera, los libros de la tribulación y de la agitación.
2. jamás obtendrán misericordia., dijo el Señor de los espíritus.
3. Entonces la nube me arrebató, y el viento me levantó de la superficie de la tierra, y me transportó a las fronteras de los cielos.
4. Allí, tuve otra visión. Vi la morada y la estancia tranquila de los santos. Sí, mis ojos tuvieron la bienaventuranza de contemplar sus moradas junto con las de los ángeles; la estancia de su reposo junto con la de los santos. Allí había peticiones, plegarias, súplicas por los hijos de los hombres. La justicia pasa ante ellos como una ola pura, y la clemencia se derrama por la tierra como un precioso rocío. Y tal es su existencia por toda la eternidad.
5. En aquel tiempo pues, mis ojos contemplaron la morada de los elegidos, la estancia de la verdad, de la fe y de la justicia.
6. El número de los santos y de los elegidos de Dios será infinito por todos los siglos.
7. Yo he visto su morada colocada bajo las alas del Señor de los espíritus. Todos los santos, todos los elegidos cantaban delante de Él, brillando como el fuego; sus bocas estaban llenas de alabanzas a Dios, y sus labios se abrían para celebrar el nombre del Señor de los espíritus La justicia se mantenía de pie ante El.

8. Deseaba quedarme allí, y mi alma suspiró cerca de esa morada. Allí estaba la parte de mi herencia, desde el principio; pues tal era la voluntad del Señor de los espíritus respecto a mí.

9. En aquel tiempo celebré y exalté el nombre del Señor de los espíritus, con bendiciones y alabanzas. Pues ello es del agrado del Señor de los espíritus.

10. Durante largo tiempo, mis ojos contemplaron esas afortunadas moradas, y yo alababa a Dios diciendo: ¡Bendito sea, bendito sea por siempre! desde el principio, antes de la creación del mundo, hasta la consumación de los siglos.

11. ¿Cuál es ese mundo? Sí, de todas las generaciones deben bendecirte todos los que no duermen en el polvo, sino que contemplan tu gloria, te celebran, te magnifican y te bendicen diciendo: Santo, santo, santo es el Señor de los espíritus, que llena con su inmensidad el mundo entero de inteligencias.

12. Allí, mis ojos contemplaron a todos los que no se durmieron ante El, todos los que se mantienen de Pie ante El y que le glorifican diciendo: ¡Bendito seas, bendito sea el nombre de Dios por siempre! Y mi rostro fue cambiado de repente, de manera que ya no pude ver más.

CAPÍTULO XXXIX

1. Después de aquello percibí millares de millares, miríadas de miríadas y un número infinito de hombres se mantenían de pie ante el Señor de los espíritus.

2. Bajo las cuatro alas del Señor de los espíritus, a sus cuatro lados, todavía vi más hombres. Además de los que estaban delante de Él. Aprendí al mismo tiempo sus nombres, puesto que los ángeles que estaban conmigo me los decían, revelándome todos sus misterios.

3. Entonces oí la voz de los que estaban en los cuatro lados; celebraban y alababan al Señor de toda gloria.

4. La primera voz celebraba al Señor de los espíritus por todos los siglos.

5. La segunda voz que oí, celebraba al elegido y a los elegidos que son atormentados por el Señor de los espíritus.

6. La tercera voz que oí, suplicaba y rogaba por aquellos que están en la tierra y que invocan al Señor de los espíritus.

7. La cuarta voz que oí rechazaba a los ángeles impíos y les impedía presentarse ante el Señor de los espíritus, con el fin de que no susciten ninguna acusación contra los habitantes de la tierra.

8. Después de esto, pedí al ángel de paz que estaba conmigo que me explicase todos estos misterios. Díjele: ¿Quiénes son los que he visto a los cuatro lados del Señor, cuyas palabras he oído y escrito? Respondióme: Son, en primer lugar san Michael, el ángel clemente y paciente.

9. Sigue san Rafael, el ángel que preside los dolores y las heridas de los hombres. Viene después Gabriel, que preside todo lo que es poderoso. Finalmente, Fanuel es quien preside la esperanza de los que deben heredar la vida eterna. Tales son los cuatro ángeles del Dios altísimo. Son las cuatro voces que acabas de oír.

CAPÍTULO XL

1. Seguidamente, vi los secretos de los cielos y del paraíso en todo su detalle, y los secretos de las acciones humanas, cada una según su peso y su valor. Contemplé las habitaciones de los elegidos, las moradas de los santos. También allí mis ojos percibieron a todos los pecadores que rechazaron y negaron al Señor de gloria, y que han sido rechazados por él. Pues el castigo de sus crímenes aún no había podido ser decretado por el Señor de los espíritus.
2. Aún allí, mis ojos contemplaron los secretos del rayo y del trueno, los secretos de los vientos, cómo se dividen cuando soplan sobre la tierra, los secretos del rocío y de las nubes. Vi el lugar de su origen, el sitio de donde surgen, para ir a saciarse con el polvo de la tierra.
3. Vi allí los receptáculos de donde surgen los vientos separándose unos de otros; los tesoros del granizo, los tesoros de la nieve, los tesoros de las nubes, y esa misma nube que, antes de la creación del mundo, sobrevolaba la superficie de la tierra.
4. Vi igualmente los tesoros de la luna, de donde nacían sus fases; su comienzo, su glorioso retorno; de cómo una es más brillante que la otra; de su progreso fulgurante, de su curso invariable, de su amistad entre ellas, de su docilidad, y de su obediencia que las lleva tras los pasos del sol, según el orden del Señor de los espíritus. ¡Oh! ¡Qué poderoso es su nombre por los siglos de los siglos!
5. Tan pronto como acabó el sendero de la luna, tanto en su parte oculta como en su parte visible, el recorrido de su sendero tanto de día como de noche, cada una, tanto una como otra, volvía sus miradas hacia el Señor de los espíritus, exaltándole y alabándole sin interrupción, puesto que alabar es para ellas como un reposo, pero en el sol se producen reflujos frecuentes entre la bendición y la maldición.
6. La luz de la luna es para los elegidos, como las tinieblas para los pecadores; tal es la voluntad del Señor de los espíritus, que ha distinguido la luz, de las tinieblas, de la misma manera que ha distinguido los espíritus de los hombres, fortificando los de los justos con su propia justicia.
7. Y ningún ángel les precederá, pues ninguno de ellos ha recibido este poder. En cuanto al Señor, de lo alto de su trono ve a todas las criaturas y las juzga soberanamente.

CAPÍTULO XLI

1. La sabiduría no ha encontrado ninguna morada en la tierra dónde reposar su cabeza; por eso ha fijado su residencia en el cielo.
2. La sabiduría ha descendido del cielo para habitar entre los hijos de los hombres, pero no ha encontrado ninguna morada. Entonces la sabiduría ha regresado a su divina morada, y se ha instalado entre los santos ángeles después de su retirada la iniquidad se ha presentado, y ha encontrado una morada, y ha sido recibida por los hijos de los hombres, como la lluvia es recibida por el desierto, como el rocío es recibido por una tierra reseca.

CAPÍTULO XLII

1. Vi otro esplendor y las estrellas del cielo. Noté que las llamaba a todas por su nombre, y que ellas respondían a su llamada. Vi que las pesaba en su balanza de justicia, según su luz, la magnitud de los espacios que recorrían, y el día en que debían aparecer o eclipsarse. El esplendor engendra al esplendor, y sus movimientos corresponden a los de los ángeles y los fieles.

2. Entonces interrogué al ángel que estaba conmigo, y que me explicaba los misterios, y le pregunté cuáles eran sus nombres. Respondióme él: El Señor de los espíritus, te ha hecho ver una imagen de ellas. Son los nombres de los justos que hay en la tierra y que creen en el nombre del Señor de los espíritus por todos los siglos.

CAPÍTULO XLIII

1. Vi además otra cosa muy notable por su esplendor; emanaba de las estrellas y se volvía brillante, pero no se separaba de ellas en absoluto.

CAPÍTULO XLIV

1. Parábola segunda, que se dirige a los que niegan el nombre y la morada de los santos y del Señor de los espíritus.

2. No subirán al cielo de ninguna manera; no descenderán a la tierra en absoluto. He aquí cuál será la suerte de los pecadores que reniegan del nombre del Señor de los espíritus; serán reservados para el día del castigo y de la venganza.

3. Ese día el Elegido ocupará un trono de gloria. Fallará sobre la suerte de los pecadores, y confirmando mediante su presencia a los espíritus de los santos, asignará una morada a los que hayan puesto su confianza y su amor en su nombre santo y glorioso.

4. Ese día, colocaré a mi elegido en medio de ellos, cambiaré la faz del cielo, la iluminaré por toda la eternidad.

5. Cambiaré también la faz de la tierra, la bendeciré así como a todos los que haya escogido, y que haré habitar en la tierra, mas para aquellos que hayan cometido iniquidad, ya no permanecerán mas en ella, pues los habré visto y tomado en cuenta. Pero a los justos, les saciaré de mi paz, les colocaré ante Mí; para los pecadores la condenación eterna; serán borrados de la faz de la tierra.

CAPÍTULO XLV

1. Allí vi al Anciano de los días, cuya cabeza era como la lana blanca, y con Él a otro que tenía la figura de un hombre. Esta figura estaba llena de gracia, como la de un santo ángel. Entonces interrogué a uno de los ángeles que estaba conmigo, y me explicó todos los misterios que se relacionan con el Hijo del hombre. Yo le pregunté: ¿quién era, de dónde venía, y por qué acompañaba al Anciano de los días?

2. El me respondió con estas palabras: Este es el Hijo del hombre, al cual toda justicia se remite, con quien ésta habita, y quien tiene la llave de todos los tesoros ocultos; pues el Señor de los espíritus le ha escogido preferentemente y le ha dado una gloria superior a la de todas las criaturas.

3. Ese Hijo del hombre que has visto, arrancará a los reyes y a los poderosos de su lecho voluptuoso, les sacará de sus tierras inmovibles., pondrá freno a los poderosos, romperá los dientes de los pecadores.
4. Arrojará a los reyes fuera de sus tronos y de sus reinos, porque se rehúsan a rendirle honores, a publicar sus alabanzas y a humillarse ante Aquél a quien todo reino ha sido dado. Meterá en tribulación a la raza de los poderosos; les forzará a inclinarse ante El. Las tinieblas serán su morada, y los gusanos serán sus compañeros de lecho; ninguna esperanza habrá para ellos de salir de este lecho inmundo, puesto que no han tenido en cuenta el nombre del Señor de los espíritus.
5. Menospreciarán a los astros del cielo, y levantarán las manos contra el Todopoderoso; sus pensamientos no harán sin (regresar a la tierra, en la cual quisieran ellos hacer su morada eterna, y sus obras no serán sino las obras de la iniquidad. Pondrán sus alegrías en sus riquezas y su confianza en los dioses fabricados por sus propias manos. Se rehusarán a invocar y a adorar al Señor de los espíritus; le echarán de sus templos.
6. Así como a los fieles que serán perseguidos por el nombre del Señor de los espíritus.

CAPÍTULO XLVI

1. Aquel día las plegarias de los santos subirán de la tierra hasta los pies del trono del Señor de los espíritus.
2. Ese día, los santos que habitan arriba en los cielos se reunirán, y con una voz unánime rogarán, suplicarán, celebrarán, alabarán y exaltarán el nombre del Señor de los espíritus, a causa de la sangre de los justos vertida por El, y esas plegarias de los justos se elevarán incesantemente hacia el trono del Señor de los espíritus, para que finalmente les haga justicia y para que su paciencia para con los malvados no sea eterna.
3. Por ese tiempo, vi al Anciano de los días, sentado sobre el trono de su gloria. El libro de la vida estaba abierto delante de Él, y todas las potencias del cielo se mantenían de pie delante y alrededor de Él.
4. Los corazones de los santos estaban entonces inundados de dicha, porque el tiempo de la justicia había llegado, ya que la plegaria de los santos había sido oída y la sangre de los justos habla sido justipreciada por el Señor de los espíritus.

CAPÍTULO XLVII

1. En aquel tiempo, percibí la fuente de la justicia que no se agota jamás, y de donde manaban una multitud de pequeños riachuelos, que eran los riachuelos de la sabiduría. Allí era donde iban a beber todos aquellos que tenían sed, y se encontraban de repente llenos de sabiduría, y hacían su morada entre los justos, los elegidos y los santos.
2. Y en esa hora, fue invocado el Hijo del hombre ante el Señor de los espíritus, y su nombre ante el Anciano de los días.
3. Y antes de la creación del sol y de los astros, antes de que las estrellas fuesen formadas en el firmamento, ya se invocaba el nombre del Hijo del hombre ante el Señor de los espíritus. El será el bastón de los justos y de los santos, éstos se apoyarán sobre El, y no serán confundidos; El será la luz de las naciones.

4. El será la esperanza de aquellos cuyo corazón pasa angustias. Todos los que viven en la tierra se prosternarán ante El, y le adorarán, y cantarán las alabanzas l Señor de los espíritus.
5. Es así que el Elegido y el Misterioso ha sido engendrado antes de la creación del mundo, y su existencia no tendrá nunca fin.
6. Él vive en su presencia y ha revelado a los santos y a los justos del Señor de los espíritus, pues es El quien les conserva la parte de su herencia. Porque ellos han odiado y rechazado lejos de sí este mundo de iniquidad, han detestado sus obras y sus caminos, Y no han querido invocar sino el nombre del Señor de los espíritus.
7. También es por este nombre que serán salvados, y su voluntad será su vida. Aquel día, los reyes y los poderosos de la tierra que hayan conquistado el mundo por la fuerza de sus brazos, serán humillados.
8. Pues en el día de la ansiedad y de la tribulación, sus almas no serán salvadas, sino que serán sometidos a aquellos que he escogido.
9. Les arrojaré como se arroja la paja al fuego, como se arroja el plomo en el agua. Ellos arderán en presencia de los justos, serán sumergidos ante los ojos de los santos, y no se encontrará de ellos ni tan solo la décima parte.
10. Mas en el día de su tribulación, la paz reinará sobre la tierra.
11. Ellos caerán en su presencia, y no se volverán a levantar más, y no habrá nadie que pueda arrancarles de sus manos y socorrerles, pues han rechazado al Señor de los espíritus y a su Mesías. Que el nombre del Señor de los espíritus sea bendecido.

CAPÍTULO XLVIII

1. La sabiduría discurre como el agua, y la gloria delante de Él es inagotable por los siglos de los siglos, pues Él es poderoso en todos los misterios de la justicia.
2. Mas la iniquidad pasa como una sombra, para ella, ninguna morada es estable, pues el Elegido permanece de pie ante el Señor de los espíritus y su gloria dura por los siglos de los siglos y su poder es eterno.
3. Con Él está el espíritu de la sabiduría y de la inteligencia, el espíritu del saber y del poder, los espíritus de los que duermen en la justicia: El juzga y discierne las cosas más escondidas.
4. Nadie puede pronunciar una sola palabra ante El, pues el Elegido está ante la faz del Señor de los espíritus, porque a Este le complace.

CAPÍTULO XLIX

1. En esos días, los santos y, los elegidos tendrán su turno. La luz del día habitará en ellos y el esplendor y la gloria les iluminarán.
2. En los días de tribulación, todos los males fulminarán sobre los pecadores, mas los justos triunfarán en el nombre del Señor de los espíritus, el Elegido.
3. Otros comprenderán en fin, que les hace falta arrepentirse y terminar con las obras malas de sus manos; comprenderán que no tienen por qué esperar alabanzas ante el Señor de los espíritus, pero que todavía pueden ser salvados por su nombre. El Señor de los

espíritus ejercerá su misericordia sobre ellos, pues grande es su clemencia y la justicia está presente en sus juicios y no hay en ellos iniquidad alguna. Asimismo quien no haga penitencia, morirá.

4. No, no tendrán por qué esperar ninguna gracia más de Mí, dijo el Señor.

CAPÍTULO L

1. En aquellos días, la tierra devolverá de su seno y el infierno del suyo a los que han recibido, y el abismo devolverá aquello de lo cual es deudor.

2. Separará a los justos y a los santos de los malvados, pues esos serán para los primeros días de gracia y de salvación.

3. En esos días, el Elegido se sentará en su trono y todos los secretos de la sabiduría y de la inteligencia saldrán de su boca, pues el Señor de los espíritus le ha dotado de una gloria eterna.

4. En esos días, las montañas se estremecerán como moruecos, y las colinas saltarán como corderos saciados de leche, y los justos serán ángeles en el cielo.

5. Su rostro resplandecerá con una dicha arrebatadora, pues en esos días, el Elegido será exaltado; la tierra se estremecerá de alegría, los justos la habitarán y los elegidos la hollarán con sus pies inocentes.

CAPÍTULO LI

1. Después de ese tiempo, en el mismo lugar donde yo había visto tantos misterios, fui arrebatado por un torbellino y llevado hacia el occidente.

2. Allí, mis ojos percibieron los secretos del cielo y los de la tierra; una montaña de hierro, una montaña de bronce, una montaña de plata, una montaña de oro, una montaña de metal líquido y por fin una montaña de plomo.

3. E interrogué al ángel que estaba conmigo, y le dije: ¿Qué significan esas cosas que acabo de ver?

4. Y el ángel me respondió: Todas esas cosas que has visto, conciernen al imperio del Mesías y son símbolo de su reino y de su poderío sobre la tierra.

5. Y este ángel de paz me respondió además: Un poco de paciencia todavía, y verás, y te serán reveladas todas las cosas que ha decretado la sabiduría del Señor de los espíritus. Estas montañas que has percibido y que son una de bronce, otra de hierro, la tercera de plata, la cuarta de oro, la quinta de un metal líquido y finalmente la sexta de plomo; todas esas montañas, digo, estarán en presencia del Elegido como un pastel de miel ante un horno ardiente, o como el agua que cae de lo alto de la montaña; caerán a sus pies.

6. En aquellos días los hombres no encontrarán su salvación ni en el oro ni en la plata.

7. No podrán huir ni defenderse.

8. Ya no habrá entonces más armas que fabricar con el bronce ni coraza para proteger el pecho.

9. El hierro habrá dejado de ser útil; no servirá de nada que no se oxide y que no se use, y el plomo ya no será buscado.

10. Todo será rechazado, todo será borrado de la tierra, cuando el Elegido aparezca ante la presencia del Señor de los espíritus.

CAPÍTULO LII

1. Entonces mis ojos percibieron un valle profundo cuya entrada era vasta y espaciosa.
2. Todos los que viven en la tierra, en el mar y en las islas, aportarán al valle sus tributos, y sin embargo nada podrá colmar su profundidad. Sus manos cometerán la iniquidad. Todo lo que las nobles labores de los justos hayan producido, los pecadores lo devorarán vergonzosamente. Mas perecerán ante la faz del Señor de los espíritus y de la faz de la misma tierra. En cuanto a los justos, ellos se enderezarán y vivirán por los siglos de los siglos.
3. Vi a los ángeles de los castigos, que allí moraban y que preparaban los instrumentos de Satán.
4. Entonces interrogué al ángel de la paz, que estaba conmigo, y le pregunté: ¿para quién son estos instrumentos?
5. El me respondió: Están preparados para los reyes y los poderosos de la tierra, pues deben morir mediante ellos.
6. Seguidamente, aparecerá el templo augusto donde los elegidos y los justos se reunirán para no separarse jamás, por la virtud del nombre del Señor de los espíritus.
7. Esas montañas no subsistirán en su presencia más de lo que harían la tierra y las colinas, pero se desharán delante de Él como fuentes de agua viva. Los justos serán liberados entonces de las persecuciones de los pecadores.

CAPÍTULO LIII

1. Entonces vi otra parte de la tierra, hacia la cual me volví y percibí un valle profundo todo abrasado.
2. A ese valle era donde los reyes y los poderosos eran conducidos.
3. Allí, mis ojos vieron los instrumentos de suplicio y unas cadenas de un hierro sin pesantez.
4. Entonces interrogué al ángel de paz, que estaba conmigo y dije: ¿Para quién están reservadas estas cadenas y estos instrumentos de suplicio?
5. Respondióme él: Todos estos tormentos están preparados para el ejército de Azazyel: Ahí es donde sus soldados impíos serán precipitados sobre piedras agudas; así lo quiere el Señor de los ejércitos.
6. En cuanto a Michael, Gabriel, Rafael y Fanuel, serán confirmados en ese día, y se les encargará el lanzamiento de los ángeles rebeldes en el horno ardiente; así es como será vengado el Señor de los espíritus; así es como serán castigados sus crímenes, pues se han hecho ministros y servidores de Satán, se han convertido en seductores de los que viven en la tierra.
7. En ese día el Señor dará la señal del suplicio. Los depósitos de agua que hay en el cielo se abrirán, así como las fuentes que hay bajo el cielo y bajo la tierra.
8. Todas las aguas, tanto superiores como inferiores, se confundirán.

9. El agua superior tomará el rol del hombre.
10. El agua inferior, el rol de la mujer, todos los que viven en la tierra, todos los que viven por los confines del cielo, todos, digo yo, serán exterminados.
11. Así comprenderán, por la magnitud de su castigo, la magnitud de su iniquidad, y todos perecerán.

CAPÍTULO LIV

1. Y después el Anciano de los días se arrepintió, y dijo: He destruido en vano a todos los habitantes de la tierra.
2. Y juró por su gran nombre, diciendo: No, ya no actuaré más así con los habitantes de la tierra.
3. Sino que pondré un signo en el cielo, y este será un testimonio entre ellos y Yo, por toda la eternidad, por todo el tiempo que dure el cielo y la tierra.
4. Además, he aquí lo que he resuelto: si quiero sorprenderles, me serviré de los ángeles como instrumentos de venganza, en el día de la aflicción y de la tribulación, y mi cólera gravitará sobre ellos eternamente, dijo el Señor de los espíritus.
5. ¡Oh reyes!, ¡oh poderosos de este mundo!, vosotros veréis a Mi Elegido sentado en el trono de mi gloria; El juzgará a Azazyel, a todos sus cómplices y a todas sus legiones, en el nombre del Señor de los espíritus.
6. Allí vi a las compañías de los ángeles en medio de los suplicios, encerrados en redes de hierro y de bronce. Entonces pregunté al ángel de paz que estaba a mi lado: ¿hacia dónde van todos esos prisioneros?
7. Díjome él: Hacia cada uno de sus elegidos e hijos amados, para que sean todos precipitados en las profundidades del valle.
8. Y este valle será llenado por sus elegidos y sus seres queridos, cuyos días se han acabado, pero cuyos días de errores no deben acabar.
9. Entonces los príncipes se reunirán y conspirarán conjuntamente. Los principales del Oriente, entre los partos y los medos, arrojarán a los reyes dominados por el espíritu de vértigo y de error. Los derrocarán de sus tronos, saltando como leones fuera de sus guaridas, y como lobos hambrientos en medio de rebaños.
10. Se adelantarán y hollarán bajo su paso la tierra de sus elegidos. La tierra de sus elegidos se extenderá ante ellos; la era, el camino y la ciudad de mi justo detendrán a sus corceles. Ellos se enderezarán para destruirse mutuamente; su diestra será fortalecida y ningún hombre reconocerá a su hermano o a su amigo.
11. Ni a su padre ni a su madre, hasta que el número de cadáveres haya sido completado por su muerte y su castigo. Y ello será justo.
12. En esos días, el abismo abrirá su garganta devoradora y engullirá a los pecadores que desaparecerán así ante la faz de los justos.

CAPÍTULO LV

1. Después de eso, percibí otro ejército de carros. Esos carros estaban llenos de guerreros.

2. Transportados sobre el ala de los vientos, venían del Oriente, del Occidente y del Mediodía.
3. Se oía de lejos el ruido de sus carros al rodar.
4. Y este ruido era tan grande, que los santos lo oyeron desde el cielo; las columnas y los cimientos de la tierra fueron conmovidos, y el ruido resonó al mismo tiempo desde los confines de la tierra hasta los del cielo.
5. Entonces se prosternaron y adoraron al Señor de los espíritus.
6. Este es el fin de la segunda parábola.

CAPÍTULO LVI

1. Entonces comencé a hacer la tercera parábola, referente a los justos y a los elegidos.
2. Benditos seáis justos y elegidos, pues vuestro destino es glorioso.
3. Los justos morarán en la luz del sol, y los elegidos en la luz de la vida eterna, de esa vida cuyos días no acaban; los días de los santos no estarán contados, pues ellos buscaron la luz y han encontrado la justicia del Señor de los espíritus
4. La paz sea, pues, dada a los santos por el Señor del mundo.
5. Desde ese momento, se dirá que los justos buscan en el cielo los secretos de la justicia y la parte de la herencia que la fe les promete. Pues ellos se han levantado como el sol sobre la tierra y las tinieblas han desaparecido. Allí, habrá una luz sin fin y los días serán innumerables. Las tinieblas se disiparán y la luz aumentará ante el Señor de los espíritus; la luz de la justicia brillará sobre ellos con un fulgor sin par.

CAPÍTULO LVII

1. En aquellos días, mis ojos percibieron los secretos de los relámpagos y de los rayos., y de su juicio.
2. Estos brillan tan pronto para bendecir como para maldecir, según la voluntad del Señor de los espíritus.
3. Vi también los secretos de los truenos, cuando truena en el cielo y retumba en la tierra.
4. Vi además las habitaciones de la tierra. En cuanto al trueno, si a veces ruge para anunciar la paz y para bendecir, a menudo también ruge para las maldiciones, según la voluntad del Señor de los espíritus.
5. En seguida comprendí todos los secretos de los rayos y de los relámpagos. Unos y otros anuncian al mundo la bendición y la fertilidad.

CAPÍTULO LVIII

1. En el decimocuarto día del séptimo mes del año quinientos de la vida de Henoc, vi en esta parábola que el cielo de los cielos se conmovió, y que potencias muy elevadas, millares de millares y miríadas de miríadas de ángeles estaban bajo una gran agitación. Y mirando, vi al Anciano de los días sentado en su trono de gloria, y rodeado de los ángeles y de los santos. Fui presa de un gran pavor, y como golpeado por la estupefacción, mis piernas flaquearon y caí prosternado de cara contra el suelo. Entonces el ángel Michael, otro santo ángel, fue enviado para levantarme.

2. Y cuando estuve de pie, recobré el sentido que había perdido, no pudiendo soportar esta visión, demasiado fuerte para mi debilidad, y las agitaciones y ese estremecimiento del cielo.
3. Entonces Michael me dijo: ¿Por qué te trastornas ante esta visión?
4. Hasta hoy, ha durado el tiempo de su misericordia y ha sido misericordioso y paciente con los habitantes de la tierra.
5. Mas cuando lleguen el día y las potencias, el castigo y el juicio que el Señor de los espíritus ha preparado para los que se inclinan ante el juicio de fa justicia y para aquellos que niegan el juicio de la justicia y para aquellos que pronuncian su nombre en vano.
6. Ese día será para los elegidos un día de alianza y para los pecadores un día de castigo.
7. En ese día se hará salir para alimentarse a dos monstruos malvados, macho uno, hembra el otro; la hembra se llama Leviatán, vive en las entrañas del mar, sobre las fuentes de las aguas.
8. El monstruo macho se llama Behemot; remueve por un desierto invisible sus repliegues tortuosos.
9. El nombre de ese desierto era Dendagín, y estaba al oriente del jardín donde vivirán los elegidos y los justos, y donde fue situado mi ancestro (el séptimo hasta Adán), el primer hombre creado por el Señor de los espíritus.
10. Entonces pedí al otro ángel que me mostrase el poderío de esos monstruos, y cómo habían sido separados el mismo día para ser precipitados, uno al fondo del mar y el otro al fondo de un desierto.
11. Y me dijo él: ¡Oh hijo del hombre, tú quieres saber las cosas misteriosas y ocultas! ¡Los secretos del Señor!
12. Y el ángel de la paz que estaba conmigo me dijo: Esos dos monstruos son criaturas del poder divino y deben devorar a aquellos que la venganza de Dios haya castigado.
13. Entonces los niños caerán con sus madres y los hijos con sus padres.
14. Y recibirán el castigo que hayan merecido, y la justicia de Dios estará satisfecha, mas después del juicio vendrá la hora de la misericordia y de la magnanimidad.

CAPÍTULO LIX

1. Entonces el otro ángel que estaba conmigo me habló:
2. Y me reveló los primeros y los últimos secretos sobre el cielo y sobre la tierra.
3. Sobre los confines del cielo, y en sus cimientos, en los receptáculos de los vientos.
4. Me mostró cómo son divididos y pesados sus soplos, cómo son clasificados los vientos y las fuentes, según su energía y su abundancia.
5. Me hizo ver el fulgor de la luz de la luna, que es un poder de justicia; cómo se subdividen las estrellas entre sí y cuál es el nombre propio de cada una.
6. Me mostró además a los truenos distinguidos entre ellos, por su peso, por su energía y por su poder.
7. Vi la obediencia de esos flagelos celestes a su divina voluntad. Aprendí que la luz no se separaba nada del rayo, y aunque la una y el otro están unidos por espíritus diferentes, no por ello son menos inseparables.

8. Pues cuando el rayo surca la nube, el trueno ruge, pero sus espíritus se detienen en el momento oportuno, y hacen un justo equilibrio; sus tesoros son tan numerosos como los granos de arena. Uno y otro se apaciguan cuando es preciso, y según las circunstancias, comprimen sus fuerzas o las desencadenan.
9. Igualmente el espíritu de la mar es poderoso y fuerte, y lo mismo que un poder prodigioso la retira hacia atrás con una brida, también es arrojada hacia adelante y dispersada contra las montañas. El espíritu de la escarcha es su ángel; el espíritu del granizo es un buen ángel así como el espíritu de la nieve, a causa de su fuerza, y hay en ella, principalmente, un espíritu que le hace salir como un humo, y su nombre es frescor.
10. El espíritu de las nubes no habita con aquellos de los que acabo de hablar, sino que tiene su morada particular; su marcha se produce en el esplendor.
11. En la luz y en las tinieblas, en el invierno y en el verano su morada es espléndida, y su ángel es siempre luminoso.
12. Ese espíritu del rocío hace su morada sobre los confines mismos de los cielos, su morada es vecina de la de la lluvia; su imperio se ejerce durante el invierno y durante el verano. En cuanto a las nubes, he aquí su origen: una primera nube es producida, se une a muchas otras; pronto se amontonan llevando la lluvia en sus húmedos flancos; entonces el ángel aparece, abre los tesoros superiores y la lluvia es así creada.
13. Lo mismo sucede cuando la lluvia se esparce sobre la faz de la tierra, y se va a reunir con todas las aguas que discurren por su seno, después de haberla fecundado, pues las aguas son el alimento de la tierra, tal es la voluntad del Altísimo.
14. He aquí por qué hay límites para la lluvia y los ángeles que proceden sobre ella la reparten con una justa medida.
15. Vi todas estas maravillas, así como también el jardín de los justos.

CAPÍTULO LX

1. En aquellos días vi unos ángeles que tenían largas cuerdas, y que llevados por sus ligeras alas, volaban hacia septentrión.
2. Y pregunté al ángel por qué llevaban en la mano aquellas largas cuerdas, y por qué volaban. Respondióme él: Van a medir.
3. El ángel que estaba conmigo me dijo además: Son las medidas de los justos; aportarán las cuerdas de los justos, para que ellos se apoyen en el nombre del Señor de los espíritus para siempre.
4. Los elegidos empezarán a vivir con el Elegido.
5. He aquí las medidas que serán dadas a la fe, y que confirmarán la palabra de la justicia.
6. Esas medidas revelarán todos los secretos de las profundidades de la tierra.
7. Y acontecerá que los que han perecido en el desierto, que han sido devorados por los peces del mar o por las bestias salvajes reaparecerán llenos de esperanza en el día del Elegido, pues nadie perecerá en presencia del Señor de los espíritus; nadie puede perecer.
8. Y todos los que estaban en el cielo, han recibido el imperio y el regocijo; la gloria y el esplendor.

9. Alabarán con su voz al Elegido de Dios, y le ensalzarán y le alabarán con sabiduría, y harán ver su sabiduría mediante la palabra y el espíritu de vida.
10. Entonces el Señor de los espíritus colocó a su Elegido en el trono de su gloria.
11. Para que juzgue toda las obras de los santos, desde lo alto de los cielos, y pese sus acciones con la balanza de la justicia.
12. Todos reunirán sus voces, Le bendecirán Le alabaran, Le ensalzarán y Le celebraran en el nombre del glorioso Señor de los espíritus.
13. Y El llamará a su tribunal a todas las potencias de los aires y a todos los santos, querubines, serafines y ofanines, a todos los ángeles de las potencias, a todos los ángeles de las dominaciones, es decir, los ángeles del Elegido, y a las otras potencias, que en el primer día sobrevolaban las aguas.
14. Con voz unánime les ensalzarán, les bendecirán, les alabarán, les celebrarán, les magnificarán esos espíritus de fe, esos espíritus de sabiduría y de paciencia, esos espíritus de clemencia, esos espíritus de justicia y de paz, esos espíritus de benevolencia; todos exclamarán a la vez: Bendito sea; bendito sea el nombre del Señor de los espíritus. Todos los que no duermen le alabarán en los cielos.
15. Todos le alabarán, los santos en el cielo, los elegidos que viven en el jardín, y todo espíritu de luz, capaz de bendecir, de alabar, de ensalzar, de celebrar Tu sagrado nombre; toda carne, toda potencia alabarán Tu nombre por los siglos de los siglos.
16. Pues la misericordia del Señor de los espíritus es grande, grande es su paciencia, y ha revelado sus obras, su poder y todo lo que es a los santos y a los elegidos, en el nombre del Señor de los espíritus.

CAPÍTULO LXI

1. El Señor ha mandado a los reyes, a los príncipes, a los poderosos y a todos aquellos que viven en la tierra, diciendo: Abrid los ojos, alzad al cielo vuestras frentes e intentad comprender al Elegido.
2. Y el Señor de los espíritus estaba sentado en el trono de gloria.
3. Y el espíritu de justicia, estaba esparcido alrededor de Él.
4. El verbo de su boca exterminará a todos los pecadores y a todos los impíos; ninguno de ellos persistirá ante El.
5. En ese día los reyes, los príncipes, los poderosos y lo que poseen la tierra se levantarán, verán, y comprenderán; Le verán sentado en su trono de gloria, y ante El los santos a los que juzgará con su justicia.
6. Y nada de lo que sea dicho ante El será en vano.
7. Entonces serán presa de la tribulación, serán semejantes a una mujer sorprendida por los dolores del parto, cuyo trabajo es penoso, pues el alumbramiento es difícil.
8. Se mirarán unos a otros, y llenos de estupor bajarán el rostro.
9. Y serán presa de espanto cuando vean al Hijo de la mujer sentado en su trono de eterna gloria.
10. Entonces los reyes, los príncipes y todos los que poseen la tierra, celebraran a Quien les gobierna a todos, a Aquel que estaba oculto. Pues, desde el principio el Hijo del

hombre estaba escondido, el Altísimo le retenía en presencia de su poder y no lo revelaba más que a los elegidos.

11. Él es quien ha congregado a los santos y a los elegidos, también todos los elegidos estarán ante El en ese día.

12. Todos los reyes, los príncipes, los poderosos y los que gobiernan en la tierra, se prosternarán ante Él y Le adorarán.

13. Pondrán su esperanza en el Hijo del hombre. Le dirigirán sus ruegos e invocaran su misericordia

14. Entonces el Señor de los espíritus se apresurara en arrojarlos de su presencia. Sus rostros entonces, estarán llenos de confusión y se cubrirán de espesas tinieblas. Después los ángeles de los castigos celestes les cogerán y la venganza de Dios recaerá sobre aquellos que hayan perseguido a sus hijos y a sus santos. Ejemplo terrible para los santos y para los elegidos, que se regocijarán de esta justicia infinita, pues la cólera del Señor de los espíritus recaerá sobre ellos.

15. Entonces la espada del Señor de los espíritus se saciará de la sangre de los malvados, mas los santos y los elegidos serán salvados en este día, y no tendrán ya ante sus ojos el espectáculo de los malvados y de los impíos.

16. El Señor de los espíritus levitará solo sobre ellos en lo sucesivo.

17. Y vivirán con el Hijo del hombre, comerán, dormirán y se levantarán con El por los siglos de los siglos.

18. Los santos y los elegidos se elevaran de la tierra; cesarán de bajar los ojos con signo de dependencia y de humildad, y serán revestidos de vida. Este vestido de vida les es común con el Señor de los espíritus: en su presencia vuestro vestido no envejecerá en absoluto y vuestra gloria no tendrá fin.

CAPÍTULO LXII

1. En aquellos días, los reyes, los poderosos y los que poseen la tierra implorarán a los ángeles de los castigos celestes a los cuales habrán sido entregados, que les den algún reposo, para prosternarse ante el Señor de los espíritus y para adorarle y confesar sus pecados.

2. Alabaran y celebrarán al Señor de los espíritus diciendo: Bendito sea el Señor de los espíritus el Rey de los reyes, el Príncipe de los príncipes el Señor de los señores, el Señor de la gloria, el Señor de la sabiduría.

3. El pondrá al descubierto todo lo que es secreto.

4. Tu poder es por los siglos de los siglos, así como Tu gloria.

5. Tus secretos son profundos e innumerables y Tu justicia es inconmensurable.

6. ¡Ah! ahora vemos que nos es necesario celebrar y alabar al Rey de reyes, a Aquel que es el dueño absoluto de todas las cosas.

7. Y dirán: ¿Quién nos ha dado algún alivio de nuestros males para celebrar, para alabar, para bendecir, para confesar nuestros pecados, nuestros crímenes, nuestras iniquidades, en presencia de la gloria?

8. El alivio que pedimos es de algunos instantes, Y sin embargo no podemos obtenerlo; nuestra luz se ha apagado por toda la eternidad, y las tinieblas nos envuelven por siempre jamás.

9. Porque no le hemos confesado, no hemos celebrado el nombre del Rey de reyes, no hemos glorificado al Señor en todas sus obras, sino que hemos puesto nuestra confianza en nuestro poder y en el cetro de nuestra gloria.

10. Asimismo, en el día del dolor y del espanto, tampoco nos salvará, y no encontraremos ningún reposo. Ahora lo comprendemos, el Señor es fiel en todas sus obras, en todos sus juicios, en su justicia.

11. En sus juicios no hace excepción de persona, y he aquí que somos rechazados lejos de su presencia, a causa de nuestras malas obras.

12. ¡Nuestros pecados son pesados demasiado bien!

13. Después se dirán tinos a otros: Nuestras almas se han saciado de las riquezas de la explotación

14. Y he aquí que no nos sirven de ninguna ayuda en este momento en que descendemos a las llamas del infierno.

15. Entonces sus rostros se llenarán de tinieblas y de confusión en presencia del Hijo del hombre, y serán rechazados lejos de Él, pues ante El la espada de la justicia se alzaría para exterminarlos.

16. Y dijo el Señor: He aquí lo que ha decretado mi justicia contra los príncipes, los reyes, los poderosos y los que tienen propiedades en la tierra.

CAPÍTULO LXIII

1. Tuve aún otras visiones en ese lugar del desierto. Oí la voz del ángel que decía: He aquí los ángeles que han descendido del cielo a la tierra, que han revelado los secretos a los hijos de los hombres y les han enseñado a conocer la luz.

CAPÍTULO LXIV

1. En aquel tiempo, Noé vio que la tierra se inclinaba y que amenazaba ruina.

2. A causa de esto se puso en camino y se dirigió hacia los confines de la tierra, al lado de la morada de su abuelo Henoc.

3. Y Noé exclamó tres veces con amarga voz: ¡Escúchame, escúchame, escúchame! Y le dijo: Dime lo que pasa en la tierra, pues parece que sufre y que está atormentada violentamente; seguramente que pereceré con ella.

4. En efecto, había una gran perturbación en la tierra, y se oyó una voz del cielo. Cal de cara al suelo; entonces mi abuelo Henoc vino y se puso ante mí.

5. Y me dijo: ¿Por qué me has llamado con una voz tan amarga y tan lamentable?

6. El Señor ha decidido en su justicia que todos los habitantes de la tierra perezcan, porque saben todos los secretos de los ángeles, porque tienen en sus manos el poder enemigo de los demonios, el poder de la magia y de la brujería, y el poder de los que funden ídolos por toda la tierra.

7. Saben cómo se extrae la plata del polvo de la tierra, saben que hay en el suelo láminas metálicas, pues el plomo y el estaño no son frutos de la tierra; es preciso ir a buscarlos dentro de sus entrañas.

8. Y fue puesto un ángel a su custodia, el cual se dejó corromper.

9. Entonces mi abuelo Henoc me cogió de la mano y Levantándome me dijo: ¡Ven! pues he consultado al Señor sobre esta perturbación de la tierra y me han respondido: Han llenado la copa de su impiedad y mi justicia grita ¡venganza! Han consultado las lunas y han sabido que la tierra debía perecer con todos sus habitantes. No encontrarán ningún refugio por toda la eternidad.

10. Han descubierto secretos que no debían haber conocido en absoluto; he aquí por qué serán juzgados, mas de ti hijo mío, el Señor de los espíritus b e, tu pureza y tu inocencia; sabe que tú repruebas la revelación de secretos.

11. El Señor, el Santo por excelencia, ha conservado tu nombre en medio del de los santos; te preservará puro de la corrupción de los habitantes de la tierra. Dará reinos a tus descendientes y una gran gloria, y nacerá de ti una raza de justos y de santos cuyo número será, ciertamente, infinito.

CAPÍTULO LXV

1. Después de eso, me mostró a los ángeles que realizan los castigos celestes, que se disponían a venir a dar a las aguas de la tierra toda su violencia.

2. Para que sirviesen a la justicia de Dios y proporcionasen el suplicio merecido por todos los que viven en la tierra.

3. Y el Señor de los espíritus prohibió a los ángeles que diesen socorro alguno a los hombres.

4. Pues los ángeles presidían sobre la potencia de las aguas. Entonces me retiré de la presencia de Henoc.

CAPÍTULO LXVI

1. En aquellos días, la palabra de Dios se hizo oír a mi oreja; decía: Noé he aquí: tu existencia ha subido hasta Mí, existencia pura de crimen, existencia llena de amor y justicia.

2. Ya los ángeles suben de las prisiones, y cuando hayan acabado esta tarea, extenderé mi mano y te preservaré.

3. De ti saldrá una simiente de vida que renovará la tierra, para que no quede vacía. Confirmaré tu raza ante ti y la raza de los que vivirán contigo será bendita y se multiplicará sobre la faz de la tierra, por la virtud del nombre del Señor.

4. En cuanto a los ángeles que han cometido la iniquidad, serán encerrados y arrojados a ese valle ardiente que mi ancestro Henoc me mostró hacia el occidente, donde había montañas de oro, de plata, de hierro, de metal líquido y de estaño.

5. He visto ese valle, y había allí una gran confusión, y las aguas brotan de él.

6. Y después que todo aquello fue hecho, se exhaló de una masa fluida de fuego, un fuerte olor de azufre, con las aguas brotantes, y el valle de los ángeles culpables de seducción ardía bajo esta tierra.
7. En este valle discurrían también ríos de fuego, en los cuales eran precipitados los ángeles que habían extraviado a los habitantes de la tierra.
8. En aquellos días servirán para la curación del alma y del cuerpo de los reyes, de los poderosos, de los grandes y de los que viven en la tierra y, por otro lado, servirán para la condenación del espíritu.
9. Sus espíritus se darán enteramente a los placeres para que sean juzgados en sus cuerpos, pues no han reconocido al Señor de los espíritus, y que aun previendo el castigo que les amenaza, ni aun así invocan su santo nombre.
10. Y así como sus cuerpos sufrirán un suplicio terrible, también sus almas tendrán que soportar un castigo eterno.
11. Pues la palabra del Señor de los espíritus tiene siempre su efecto.
12. Su juicio fulminará sobre ellos, porque se han confiado en las voluptuosidades de sus cuerpos y porque han negado al Señor de los espíritus.
13. En esos días, las aguas de ese valle serán cambiadas, cuando los ángeles sean juzgados, el ardor de esas fuentes tornará una intensidad nueva.
14. Y cuando los ángeles suban, las aguas de esas fuentes se enfriarán después de haberse calentado. Entonces oí a Michael que me decía: El juicio que sufrirán los ángeles amenaza igualmente a los reyes, a los príncipes y a aquellos que poseen la tierra.
15. Pues esas aguas, dando la vida a los espíritus de los ángeles, darán la muerte a sus cuerpos. Pero ellos no comprenderán nada, no creerán que esas aguas refrescantes puedan cambiarse en un brasero ardiente que arderá durante toda la eternidad.

CAPÍTULO LXVII

1. Después de eso, mi abuelo Henoc me dio el conocimiento de todos los secretos contenidos en su libro, y me explicó las parábolas que le habían sido reveladas, desarrollándomelas mediante las palabras del libro.
2. En aquel tiempo Michael respondió y dijo a Rafael: Mi espíritu se subleva y se irrita contra la severidad del juicio secreto contra los ángeles ¿quién podría soportar un juicio tan terrible, que jamás será modificado, que debe perderles por toda la eternidad?
3. La sentencia ha sido pronunciada contra ellos por aquellos que les han hecho salir de esa manera. Y sucedió que presentándose ante el Señor de los espíritus, Michael respondió, y dijo a san Rafael: ¿Que corazón dejarla de conmoverse en absoluto, qué espíritu dejarla de tener compasión de ellos?
4. Después Michael dijo a Rafael: No les defenderé en absoluto en presencia del Señor, pues han ofendido al inmarcesible Señor de los espíritus, comportándose como dioses. Por eso la justicia suprema se ejercerá sobre ellos por toda la eternidad.
5. Ni el ángel inocente, ni el hombre acusarán sus efectos, sino sólo aquellos que son culpables y cuyo castigo será eterno.

CAPÍTULO LXVIII

1. Después de esto, serán presa de estupor y de espanto a causa del juicio realizado sobre ellos, en castigo a las revelaciones que han hecho a los habitantes de la tierra.
2. He aquí los nombres de los culpables: el 1° de todos es Samyaza, el 2° Arstikapha, el 3° Armen, el 4° Kakabael, el 5° Turel, el 6° Rummyel, el 7° Danyal, el 8° Kael, el 9° Barakel, el 10° Azazel, el 11° Armers, el 12° Bataryal, el 13° Basasael, el 14° Ananel, el 15° Turyal, el 16° Simapiseel, el 17° Yetarel, el 18° Tumael, el 19° Tarel, el 20° Rumel y el 21° Azazyel.
3. Tales son los nombres de los príncipes de los ángeles culpables. He aquí ahora los nombres de los jefes de sus centenas de sus cincuentenas y de sus decenas.
4. El nombre del primero es Yekun éste es quien sedujo a todos los hijos de los santos ángeles, quien les impulsó a descender a la tierra para procrear hijos con los seres humanos.
5. El nombre del segundo es Kesabel, quien inspiró malos pensamientos en los hijos de los ángeles y los empujó a mancillar sus cuerpos acoplándose a las hijas de los hombres, dando lugar a la raza de los gigantes.
6. El nombre del tercero es Gadrel, éste es quien reveló a los hijos de los hombres los medios para dar la muerte.
7. Él es quien sedujo a Eva, y enseñó a los hijos de los hombres los instrumentos que dan la muerte, la coraza, el escudo, la espada y todo lo que puede dar o hacer evitar la muerte.
8. Esos instrumentos pasaron de sus manos a las de los habitantes de la tierra, y permanecerán en ellas para siempre jamás.
9. El nombre del cuarto es Penemue; éste es quien reveló a los hijos de los hombres la amargura y la dulzura.
10. Y quien les descubrió todos los secretos de la falsa sabiduría.
11. Les enseñó la escritura, y les mostró el uso de la tinta y del papel.
12. También por su causa se ha visto cómo se multiplicaban aquellos que están extraviados en su vana sabiduría, desde el principio del mundo hasta este día.
13. Pues los hombres no han sido creados para consignar sus creencias sobre el papel y mediante la tinta.
14. Han sido creados para imitar la pureza y la justicia de los ángeles.
15. No habrían conocido en absoluto a la muerte, que todo lo destruye; es por eso que el poder les devora.
16. Pues ellos no perecen más que por su excesiva ciencia.
17. El nombre del quinto es Kasyade; éste es quien reveló a los hijos de los hombres todas las artes diabólicas y malvadas.
18. Esos medios infames de matar a un niño en el seno de su madre, esas artes que se practican mediante el mordisco de las serpientes, mediante la energía, en pleno mediodía, con la simiente de la serpiente llamada Tabaet.
19. Este es el número de Kesbel, el principal juramento que el Todopoderoso reveló a los santos, del seno de su gloria.

20. Su nombre es Beka. Este pidió a Michael que le mostrase el nombre secreto a fin de tener inteligencia de él, y para conservar en la memoria el juramento terrible de Dios y hacer temblar, con este nombre y con este juramento, a aquellos que revelaron a los hombres todos los secretos peligrosos.
21. Tal es, en efecto, el efecto mágico de ese juramento; es temible y sin piedad.
22. Y puso ese juramento de Akae en manos de Michael (Mikael).
23. He aquí los efectos de este terrible juramento
24. Por efecto de su virtud, el cielo fue suspendido antes de la creación del
25. Por él, la tierra surgió de las aguas, y de las partes ocultas de las colinas brotan las límpidas fuentes desde la creación del mundo hasta la eternidad.
26. Mediante esta promesa, el mar fue fijado dentro de sus límites y sobre sus cimientos.
27. Colocó granos de arena para detenerlo en su tiempo de furor, y jamás podrá traspasar este límite. Mediante este juramento tremendo, fue abierto el abismo, y conserva su sitio para siempre.
28. Por efecto de este juramento, las estrellas siguen su eterno camino.
29. Por este juramento, las estrellas rinden pleitesía al Señor de los espíritus.
30. Y cuando son llamadas por sus nombres, responden: ¡Aquí estoy!
31. Mediante este mismo juramento, los vientos rigen sobre las aguas; todos y cada uno de ellos tienen sus espíritus, los cuales establecen entre ellos una dichosa armonía.
32. Allí se guardan los tesoros de los truenos y el estallido del rayo.
33. Allí se conservan los tesoros del granizo y del hielo, los tesoros de la nieve, de la lluvia y del rocío.,
34. Todos esos ángeles guardarán y bendecirán el nombre del Señor de los espíritus.
35. Le celebrarán mediante toda clase de alabanzas, y el Señor de los espíritus les apoyará, les animará en esas acciones de gracias, y ellos alabarán y ensalzarán el nombre del Señor de los espíritus por los siglos de los siglos.
36. Y este juramento ha sido confirmado sobre ellos, y sus caminos han sido trazados, y nada puede impedirles que los sigan.
37. Grande era su alegría
38. Ellos Le bendecían, Le celebraban y Le ensalzaban, porque el secreto del Hijo del hombre les había sido revelado.
39. Y Él se sentaba en un trono de gloria, y la parte principal del juicio le había sido reservada. Los pecadores desaparecerán y serán exterminados de la faz de la tierra, y quienes les sedujeron, serán cubiertos de cadenas por siempre jamás.
40. Según el grado de su corrupción, serán entregados a distintos suplicios; en cuanto a sus obras, éstas desaparecerán de la faz de la tierra, y a partir de entonces ya no habrá más seductores, porque el Hijo del hombre ha aparecido sentado o en su trono de gloria.
41. Toda inmoralidad cesará, todo mal desaparecerá ante su faz, y sólo la palabra del Hijo del hombre subsistirá en presencia del Señor de los espíritus
42. He aquí la tercera parábola de Henoc.

CAPÍTULO LXIX

1. Sucedió luego, que su nombre (de Henoc) fue elevado en vida, ante este Hijo del hombre y ante el Señor de los espíritus, lejos de los que viven en la tierra.
2. Y fue arrebatado por el carro del viento, y el nombre (de Henoc) desapareció de entre ellos.
3. A partir de este momento, ya no estoy entre los hijos de los hombres, sino que Él me puso entre dos espíritus, entre el septentrión y el occidente, donde los ángeles hablan recibido las cuerdas para medir el lugar reservado para los justos y para los elegidos.
4. Allí vi a los primeros padres, a los santos que vivían en esos hermosos lugares por toda la eternidad.

CAPÍTULO LXX

1. Después de eso, mi espíritu se escondió y se lanzó a los cielos. Percibí a los hijos de los santos ángeles pasando por un fuego ardiente; sus vestidos eran blancos y sus rostros transparentes como el cristal.
2. Vi dos ríos de un fuego brillante como el jacinto.
3. Entonces me prosterné ante el Señor de los espíritus.
4. Y Miguel, uno de los arcángeles, me tomó de la mano, me levantó y me condujo al santuario misterioso de la clemencia y de la justicia.
5. Me mostró todas las cosas ocultas de los confines del cielo, los receptáculos de las estrellas, de los rayos luminosos que van a iluminar los rostros de los santos.
6. Y escondió al espíritu de Henoc en el cielo de los cielos.
7. Allí, percibí en medio de la luz, un edificio construido con piedras de cristal.
8. Y en medio de estas piedras, había lenguas de fuego vivo; mi espíritu vio un círculo que rodeaba a la casa inflamada por los cuatro costados, y ríos de fuego la circundaban.
9. Los serafines, los querubines y los ofanines estaban de pie en todo su Contorno. Estos son los que no duermen jamás, pues guardan el trono de gloria.
10. Y vi ángeles sin número, millares de millares, miríadas de miríadas, que rodeaban esa casa.
11. Miguel, Rafael, Gabriel, Phanuel (Fanuel) y los santos ángeles que estaban en los cielos superiores entraban y salían de esa casa. Rafael y Gabriel y una muchedumbre innumerable de santos ángeles salieron de esa casa.
12. Apareció entonces con ellos el Anciano de los días, cuya cabeza era blanca y pura como la lana y cuyo vestido es imposible de describir.
13. Entonces me prosterné, y toda mi carne fue presa de un temblor convulsivo, y mi espíritu desfalleció.
14. Y alcé la voz para bendecirle, alabarle y celebrarle.
15. Y las alabanzas que salían de mi boca eran agradables al Anciano de los días.
16. El Anciano de los días vino con Miguel y Gabriel, Rafael y Phanuel (Fanuel), con millares de millares, miríadas de miríadas (de ángeles) que eran imposibles de contar.
17. Entonces este ángel se acercó a mí y me saludó en estos términos: Tú eres Hijo del hombre, tú has nacido para la justicia, y la justicia ha reposado en ti.
18. La justicia del Anciano de los días no te abandonará.

19. Él lo ha dicho: Hará descender la paz sobre ti, pues la paz viene de Aquel que ha creado el mundo.
20. Y la paz reposará en ti para siempre.
21. Todos los que estén, y que prosigan por los senderos de la justicia, serán tu cortejo por toda la eternidad.
22. Y su morada estará cerca de ti, sus destinos serán confundidos con el tuyo, y no se te separarán jamás.
23. Y es por eso que se les dará una larga serie de días con el Hijo del Hombre.
24. La paz será para los justos, el camino de sabiduría para los santos, en el nombre del Señor de los espíritus, por los siglos de los siglos.

CAPÍTULO LXXI

1. Libro del curso de los luminares (astros), según sus órdenes, sus épocas, sus nombres y los lugares donde empiezan su curso, y sus diferentes ubicaciones, cosas todas que Uriel, el santo ángel que estaba conmigo y que los gobierna, me explicó una tras otra.
2. He aquí la primera ley de los luminares. El sol, antorcha del día, sale de las puertas del cielo situadas al oriente y se pone en el lado opuesto, por las puertas del cielo que están en el occidente.
3. Percibí seis puertas, por donde el sol empieza su carrera, y otras seis puertas por donde la acaba.
4. Por esas mismas puertas la luna sale y se pone también, así como los príncipes de los planetas, con los astros que les preceden; son las seis puertas por las que se levantan y las seis puertas por donde se ponen.
5. Todas esas puertas están una después de otra en la misma alineación, y a su derecha y a su izquierda están practicadas unas ventanas.
6. Primeramente se ve avanzar el gran luminar llamado sol, cuya órbita es como la órbita del cielo, y que es totalmente resplandeciente de fuego y de llamas.
7. El viento tira del carro sobre el que va montado.
8. Pero pronto se inclina hacia el norte para adelantarse hacia el oriente; gira al pasar por esa puerta e ilumina esa parte del cielo.
9. Así es como se anuncia en su carrera en el primer mes.
10. En el cuarto mes, parte de las puertas que están en oriente.
11. Y en esa cuarta puerta que franquea en el primer mes, hay doce ventanas abiertas por donde escapan torrentes de llamas, cuando se abren en la época que les está asignada.
12. Cuando el sol se eleva en el cielo, pasa por la cuarta puerta durante treinta días, y por la cuarta puerta del lado de occidente desciende en línea recta.
13. Después de ese tiempo, los días se alargan, las noches disminuyen durante treinta días. Entonces el día es dos veces más largo que la noche.
14. El día, en efecto, tiene diez partes, mientras que la noche no tiene más que ocho.
15. Sin embargo el sol pasa por esa cuarta puerta, y se pone pasando por la puerta correspondiente, después se acerca a la quinta puerta, que está en oriente, durante otros treinta días, y se pone igualmente pasando por la puerta correspondiente.

16. Aun entonces, el día aumenta una parte, de manera que el día tiene once partes y la noche decrece y no tiene más que siete.
17. Entonces el sol progresa hacia el oriente pasando la sexta puerta, y se levanta y se pone pasando por esa misma puerta durante treinta días.
18. En ese tiempo, el día es dos veces más largo que la noche pues contiene doce partes de tiempo.
19. En cuanto a la noche, disminuye en la misma proporción y no contiene más que seis partes de tiempo. Finalmente el sol declina, de manera que el día disminuye mientras que la noche aumenta.
20. Vuelve entonces el sol hacia el oriente, pasando por la sexta puerta, por la cual sale y se pone durante treinta días.
21. Después de ese período, el día disminuye en un grado, ya no tiene pues más que once partes de tiempo mientras que la luna tiene ahora siete.
22. El sol abandona el occidente pasando por la sexta puerta, y progresa hacia el oriente, se levanta por la quinta puerta durante treinta días y se pone igualmente por el occidente, pasando por la quinta puerta.
23. En ese momento el día disminuye en dos doceavos de manera que tiene diez partes, mientras que la luna tiene ocho.
24. El sol pasa ahora por el oriente como por el occidente a través de la quinta puerta. Finalmente se levanta por la cuarta durante treinta y un días, y se pone por el occidente.
25. En esa época el día es igual que la noche, de manera que uno y otra tienen igualmente nueve partes.
26. Entonces el sol abandona esa puerta y progresando hacia el oriente, pasa por la tercera puerta tanto al levantarse como al ponerse.
27. A partir de esa época la noche crece durante treinta días, de manera que la noche comprende diez partes, mientras que el día sólo comprende ocho.
28. Entonces el sol sale por la tercera puerta y se pone igualmente por la tercera puerta en el occidente durante treinta días.
29. Después pasa por la segunda tanto en el oriente como en el occidente.
30. Durante ese tiempo la noche tiene once partes y el día sólo siete.
31. Esto sucede durante el tiempo en que el sol pasa por la segunda puerta, ya sea al levantarse, ya sea al ponerse. Después declina y llega a la primera puerta, que franquea durante treinta días.
32. Se pone igualmente por la primera puerta.
33. Entonces la noche es doble larga que el día
34. Siendo así que tiene doce partes, mientras que el día solo tiene seis.
35. Y cuando el sol llega a ese punto, vuelve a empezar su carrera.
36. Pasa por esa puerta, durante treinta días, y se pone por la misma puerta en el occidente.
37. Durante ese tiempo la noche disminuye en una parte, no comprendiendo más que once.
38. En cuanto al día, no tiene más que siete partes.

39. Entonces el sol pasa por la segunda puerta, en el oriente.
40. Vuelve a pasar por aquella que había abandonado primeramente durante treinta días, levantándose y poniéndose por las dos puertas correspondientes.
41. La noche disminuye más, ya no tiene más que diez partes y el día ocho. El sol pasa por la segunda puerta tanto al levantarse como al ponerse, luego progresa hacia el oriente, se levanta por la tercera puerta durante treinta y un días, y va a ponerse por la puerta correspondiente del occidente.
42. La noche continúa decreciendo, ya no contiene más que nueve partes, tantas como el día, entonces hay igualdad entre una y otro; el año se encuentra en su día trescientos sesenta y cuatro.
43. Así es el recorrido del sol, el cual produce el alargamiento o el acortamiento de los días y de las noches.
44. Él es quien hace que el día crezca sucesivamente, y, que la noche disminuya en la misma proporción
45. Tal es la ley del curso del sol, que progresa y retrocede alternativamente. Tal es el destino de ese gran luminar destinado a alumbrar a la tierra.
46. Ese luminar al cual Dios, desde la nada, ha dado el nombre de sol.
47. Pues así es como entra y sale, sin descansar jamás, hendiendo con su carro día y noche los espacios etéreos. Su luz ilumina siete partes de la luna, pero las dimensiones de los dos son iguales.

CAPÍTULO LXXII

1. Después de esta primera ley, vi la que observa el luminar inferior, que se llama luna y cuya órbita es como la órbita del cielo.
2. El viento es quien empuja el carro sobre el que monta, pero su luz le es dispensada con moderación.
3. Cada mes su salida y su puesta varían, y sus días son como los días del sol. Y cuando su luz está llena, contiene siete partes del sol.
4. Se levanta e inicia su curso hacia el oriente durante treinta días.
5. Durante ese tiempo, aparece, y ello constituye para vosotros el comienzo del mes. Durante treinta días pasa por la puerta que franquea el sol.
6. Entonces, la luna, es casi invisible, de manera que no aparece en ella ninguna luz, excepto la séptima parte de su luz total, cada día se acrecienta en una parte, pero levantándose y poniéndose siempre con el sol.
7. Cuando el sol sale, la luna sale con él, y recibe del sol una débil porción de luz.
8. En esa noche, el primer día antes del día de la luna, ésta se pone con el sol.
9. Y durante esa noche, la luna está oscura, pero se levanta con la séptima parte de su luz, separándose de la salida del sol.
10. Pero poco a poco, la luna se ilumina hasta que su luz está completa.

CAPÍTULO LXXIII

1. Entonces vi otra ley, que consiste en la determinación de los meses lunares; Uriel, mi santo ángel y mi conductor, no me dejó en la ignorancia de nada respecto a ello.
2. Así pues, lo he escrito todo de la misma manera en que me lo ha revelado.
3. Anoté los meses, en el orden en que van llegando, la aparición y las fases de la luna durante quince días.
4. Escribí en que época pierde la luna completamente su luz, y en qué época goza de todo su fulgor.
5. Durante ciertos meses la luna progresa sola, y durante los otros meses, se pone con el sol por las dos puertas que se hallan en medio, es decir, por la tercera y la cuarta. Sale la luna durante siete días y culmina su recorrido.
6. Después se acerca a la puerta que ha franqueado el sol, y durante ocho días pasa por la segunda puerta, lo mismo que el sol.
7. Y cuando el sol sale por la cuarta puerta, la luna sale por ella durante siete días, hasta que el sol pasa por la quinta puerta.
8. Durante siete días aún, la luna declina hacia la cuarta puerta y se halla en todo su esplendor, pero disminuye en seguida y progresa por la primera puerta durante ocho días.
9. Después se dirige de nuevo hacia la cuarta puerta, por donde el sol se levanta.
10. Vi pues su posición así como la salida y la puesta del sol, según el orden de los meses.
11. Y a estos días, cada cinco años se les añadirán treinta, puesto que el sol los recorre además en su año. Y todos los días que pertenezcan a uno de esos cinco años serán en número de trescientos sesenta y cuatro. Y habrá además seis días para cada uno de esos años, de manera que se formará un mes suplementario de treinta días.
12. El mes lunar es más corto que el mes solar y sideral.
13. Por lo demás ella es quien regula los años, de manera que no varíen ni en un solo día y se compongan invariablemente de trescientos sesenta y cuatro días. En tres años hay mil noventa y dos días; en cinco años, mil ochocientos veinte; en ocho años, dos mil novecientos doce días.
14. En cuanto a los años lunares, tres años comprenden mil sesenta y dos días; cinco años menos largos que los del sol en cincuenta días, no abarcan más que mil setecientos setenta días, y ocho años lunares comprenden dos mil ochocientos treinta y dos días.
15. Así pues, ocho años lunares son más cortos que ocho años solares en ochenta días.
16. El año se forma pues, por el curso del sol o de la luna, siendo pues, según se compute en base a una o a otro de estos astros, más largo o más corto.

CAPÍTULO LXXIV

1. He aquí ahora a los jefes y a los príncipes que gobiernan a toda la creación, a todas las estrellas, así como a los cuatro días intercalados que se añaden para completar el año.
2. Hay necesidad de esos cuatro días que no forman parte del año.
3. Los hombres se equivocan respectivamente en lo que concierne a esos días; pues es preciso reportarse a esos luminares para darse cuenta, puesto que un día está intercalado

en la primera puerta, el segundo día en la tercera puerta, el tercer día en la cuarta puerta y el cuarto día en la sexta puerta.

4. Es así como se completa el número de trescientas sesenta y cuatro posiciones, que forman otros tantos días. He aquí los signos:

5. Las estaciones.

6. Los años.

7. Y los días, tal como me los dio a conocer Uriel. Uriel es el ángel que el Señor de gloria ha puesto por encima de todas las estrellas.

8. Que brillan en el cielo y que iluminan a la tierra que son:

9. Los dispensadores de los días y de las noches, a saber: el sol, la luna, los astros de todo el ejército celeste quienes, con todas las otras naves, recorren el cielo en todos los sentidos.

10. Así Uriel me hizo ver doce puertas que se abren para el carro del sol, de donde surgen infinidad de rayos.

11. Gracias a ellos el verano se produce en la tierra cuando esas puertas se abren en las épocas fijadas; por ellas también se escapan los vientos y los espíritus del rocío, cuando las ventanas de los confines del cielo se abren en las épocas fijadas por la voluntad divina.

12. Vi doce puertas en el cielo en los confines de la tierra por las que salían el sol y la luna y las estrellas y todas las obras del cielo del levante y del poniente.

13. Muchas otras ventanas se abren además a diestra y siniestra.

14. Una de esas ventanas aumenta el calor del verano, lo mismo que las puertas por donde salen y entran sin cesar las estrellas.

15. Y vi en el cielo el carro de esas estrellas que giraban sobre el mundo sin declinar jamás. Una de ellas es más brillante que las otras; ésta da la vuelta al mundo entero.

CAPÍTULO LXXV

1. Y hacia las fronteras de la tierra, vi doce puertas para todos los vientos, los que se escapan de vez en cuando para esparcirse sobre toda la tierra.

2. Tres de esas puertas se abren en la parte opuesta del cielo, otras tres en el occidente, tres más a diestra y otras tres a siniestra. Las tres primeras miran al oriente, las tres últimas al norte. Las que están situadas a derecha y a izquierda miran respectivamente al mediodía y al occidente.

3. Por cuatro puertas salen vientos benefactores y de salud, y por las otras ocho vientos de desolación. Cuando tienen esa misión, corrompen a la tierra y a sus habitantes, el agua y todo lo que en ella vive.

4. El príncipe de los vientos sale por la puerta situada en el oriente y por la primera puerta en el oriente que se inclina hacia el mediodía. Ese viento produce la destrucción, la aridez, el calor sofocante y la corrupción.

5. Por la segunda puerta, la que está en medio, salen la igualdad o la justa medida de todas las cosas, la lluvia, la fertilidad, la salubridad y la fuerza, y de la última puerta, la que se decanta hacia el norte, provienen el frío y la aridez.

6. Después de esos vientos vienen los vientos del sur, los cuales soplan por tres puertas principales, por la primera, decantada hacia el oriente se escapa un viento caliente.
7. Mas por la puerta de en medio se exhala un olor agradable, el rocío, la lluvia, la salud y la vida.
8. De la tercera puerta, decantada hacia el occidente, provienen el rocío, la lluvia, el tizón y la perdición.
9. Los Aquilones soplan por tres puertas. De la séptima, situada cerca de la que mira al mediodía, salen el rocío, la lluvia, el tizón y la perdición De la de en medio vienen la lluvia, el rocío, la vida y la salud. De la tercera puerta, decantada hacia el occidente, pero acercándose al norte, vienen las nubes, los hielos, la nieve, la lluvia y el rocío.
10. Vienen seguidamente, en la cuarta región, los vientos occidentales. De la primera puerta salen el rocío, la lluvia, el hielo, el frío, la nieve, y la escarcha; de la puerta de en medio, la lluvia, el rocío, la calma y la abundancia.
11. De la última, hacia el lado del mediodía, la aridez, la destrucción, la sequía y la muerte.
12. Así se termina la descripción de las doce situadas en las cuatro esquinas del cielo.
13. Todas sus leyes, todas sus influencias buenas, o malas, te las he explicado ¡oh Matusalén, mío!

CAPÍTULO LXXVI

1. El primer viento se llama oriental, porque es el primero.
2. El segundo se llama viento del mediodía, porque en ese momento es cuando descende el Eterno, el siempre Bendito.
3. El viento de occidente se llama además viene de la disminución porque por su lado todos los celestes se debilitan y descienden.
4. El cuarto viento, el viento de septentrión, se subdivide en tres partes; una está consagrada a la morada de los hombres, la otra está ocupada por lagos, valles, bosques, ríos, lugares cubiertos de tinieblas o de nieve; la tercera en fin, es el paraíso.
5. Vi siete montañas más altas que todas las montañas de la tierra, de donde salen la escarcha., los días, las estaciones y los años van allí y se desvanecen.
6. Vi siete ríos sobre la tierra, más grandes que todos los otros ríos, uno discurre de occidente a oriente y va a arrojarse al ancho mar.
7. Otros dos discurren desde el norte al mar, y van a arrojarse al mar de Eritrea, hacia el oriente. En cuanto a los otros cuatro, dos discurren desde el norte hacia el mar de Eritrea y los dos últimos van a arrojarse al ancho mar, allí donde se halla un inmenso desierto.
8. Vi siete grandes islas sobre ese mar, dos cercanas a la tierra, cinco en alta mar.

CAPÍTULO LXXVII

1. Los nombres del sol son: Aryares y Tomás.
2. La luna tiene cuatro nombres: el primero es Asonya, el segundo Ebla, el tercero Benace y el cuarto Erae.

3. Tales son esos dos grandes luminares, cuyas órbitas son como las órbitas del cielo, y cuyas dimensiones son iguales.
4. En la órbita del sol hay siete rocas de luz, que son reflejadas por la luna. Esas siete rocas chocarán todas contra la luna. Salen por la puerta del occidente después de haber iluminado el septentrión, y regresan por el cielo por la puerta del oriente.
5. Cuando la luna sale, aparece en el cielo, y es iluminada por la mitad de la séptima parte de la luna.
6. Esa luz se completa al cabo de catorce días.
7. Pronto se completaron tres veces cinco partes de luz, de manera que después de quince días, llega la luna a su perfecto crecimiento.
8. La luna refleja entonces toda la luz que recibe del sol.
9. Seguidamente mengua y sigue en su menguar el mismo proceso que había seguido en su crecimiento.
10. En algunos meses, la luna tiene veintinueve días.
11. Hay otros meses que no tiene más que veintiocho.
12. Uriel me reveló todavía otra ley. Esto es, la manera en que la luz que emana del sol se extiende sobre la luna.
13. Durante todo el tiempo que la luna progresa en su luz, se coloca delante del sol, hasta que al cabo de catorce días su luz deviene plena en el cielo.
14. Pero cuando mengua, o bien que esa luz es absorbida poco a poco en el cielo, el primer día se llama luna nueva, porque es en ese día cuando la luna vuelve a empezar a recibir la luz del sol.
15. La luna está completa, el día en que el sol descende por el occidente, mientras que la luna se levanta por el oriente.
16. Entonces la luna brilla durante toda la noche hasta que el sol se levanta antes que ella, entonces la luna desaparece ante el sol.
17. Cuando la luz se acerca a la luna, ésta mengua aún más, hasta que está completamente eclipsada, entonces su tiempo ha terminado.
18. Entonces su órbita vacía está sin ningún fulgor.
19. Durante tres meses la luna realiza su período en treinta días, y durante otros tres meses, lo realiza en veintinueve días.
20. Y durante tres meses tiene un período de treinta días, y durante tres meses, un período de veintinueve días.
21. Por la noche, aparece durante veinte días como una figura de hombre, y por el día, se confunde con el cielo.

CAPÍTULO LXXVIII

1. Y ahora, Matusalén, hijo mío, ya te lo he dado todo a conocer, y la descripción del cielo ha terminado.
2. Te he hecho ver el curso de todos los globos luminosos que gobiernan a las estaciones, en las diferentes épocas del año, y sus diversas influencias que producen los meses, las

semanas y los días. Te he hecho ver también los menguantes de la luna, que tienen lugar en la sexta puerta, pues en esa puerta es donde la luna pierde su luz.

3. Es allí donde empieza la luna, también es allí donde acaba en cierta época, cuando ya ha recorrido ciento setenta y siete días, es decir, veinticinco semanas y dos días.

4. Su período es más corto que el del sol, pues tiene cinco días menos por semestre.

5. Cuando está llena, presenta la cara de un hombre. Así es como me lo ha dado a conocer Uriel, el gran ángel que la rige.

CAPÍTULO LXXIX

1. Por aquellos días, Uriel me dijo: He aquí que te lo he dado todo a conocer, ¡Oh Henoc!

2. Te lo he revelado todo. Tú ves el sol, la luna y los ángeles que dirigen las estrellas del cielo, que gobiernan sus movimientos, sus fases y sus conversiones.

3. Los días de los pecadores serán acortados.

4. Sus simientes no germinarán en los campos y en las campiñas, los trabajos de la tierra serán trastornados, nada se recogerá de ellos a su tiempo. La lluvia permanecerá en los aires, y el cielo será de bronce.

5. Durante ese tiempo, las semillas de la tierra serán tardíos, no florecerán a su tiempo, y los árboles retendrán sus frutos.

6. La luna cambiará su curso, ya no aparecerá a su tiempo, el cielo ardiente y sin nubes será visible, y la esterilidad se extenderá sobre la faz de la tierra. El cielo será surcado por meteoros, pues muchas estrellas, separándose de su curso acostumbrado, errarán por el espacio.

7. Y los ángeles que las rigen, ya no estarán allí para hacerlas volver a su curso, y todas las estrellas se sublevarán contra los pecadores.

8. Los habitantes de la tierra serán confundidos en sus pensamientos, y pervertirán todos sus caminos.

9. Transgredirán los mandamientos del Señor y se creerán como dioses; sin embargo, el mal no hará más que multiplicarse entre ellos.

10. Pero el castigo celeste no se hará de esperar: morirán todos.

CAPÍTULO LXXX

1. Y él me dijo: ¡Oh Henoc! mira este libro que ha descendido de los cielos, lee lo que en él está contenido, e intenta comprender todo lo que contiene.

2. Entonces yo percibí todo lo que venía del cielo, y comprendí todo lo que estaba escrito en el libro. Al leerlo, supe todas las obras de los hombres.

3. Todas las obras de los hijos de la carne, desde el principio hasta el fin.

4. Y alabé al Señor, al Rey de gloria, al Obrero de todas esas maravillas.

5. Y le celebre a causa de su magnanimidad, a causa de su misericordia respecto a los hijos del mundo.

6. Y exclame: Bienaventurado es el hombre que muere en la justicia y en el bien, y al cual no se le puede oponer ningún libro de crímenes, y que no ha conocido la iniquidad.

7. Entonces los tres santos me cogieron y, transportándome sobre la tierra, me dejaron ante la puerta de mi casa.
8. Y me dijeron: Explica todas esas cosas a tus hijos, que ninguna carne será justificada ante el Señor, porque Él es el Creador.
9. Durante un año entero te dejaremos con tus hijos, hasta que recobres tu fuerza de antes y estés en condiciones de instruir a tu familia, de escribir todas las cosas que has visto y de explicarlas a tus hijos. Pero, a mediados del año que viene, se te arrebatará de entre los tuyos, y tu corazón volverá a encontrar su fuerza de antes, pues el elegido descubrirá al elegido los secretos de la justicia, el justo se regocijará con el justo, y profesarán a Dios conjuntamente. En cuanto a los pecadores, morirán con los pecadores.
10. Y los perversos con los perversos.
11. Incluso aquellos que hayan vivido en la justicia morirán a causa de las fechorías de los hombres, y expiarán a causa de las acciones de los malvados.
12. Durante esos días, cesarán de hablarme.
13. Y yo volví a mis hermanos, alabando y bendiciendo al Señor.

CAPÍTULO LXXXI

1. Así pues, Matusalén, hijo mío, te lo he dicho todo, te lo he escrito todo; te he dado un tratado sobre cada cosa. Conserva, hijo mío, los libros escritos por la mano de tu padre, y transmítelos a las generaciones futuras.
3. Te he dado la sabiduría, a ti, a tus hijos y a tu posteridad, para que la transmitan, esta sabiduría superior a todos sus pensamientos, a su posteridad. Y aquellos que la comprendan no dormirán más, sino que abrirán sus orejas para recibir la, para hacerse dignos de esta sabiduría, que será para ellos como un alimento celeste.
4. Bienaventurados los justos, bienaventurados que caminan en la justicia, los que no conocen la iniquidad, y los que no se juntan con los pecadores cuyos días están contados.
5. En cuanto al recorrido del sol en el cielo, entra y sale por las diferentes puertas durante treinta días, con los jefes de las mil especies de estrellas, con los cuatro que les son añadidos y que tienen relación con los cuatro días suplementarios cada año.
6. Los hombres están bajo grandes errores respecto a esos días; no hacen la menor mención de ellos en sus cálculos. Pero esos días suplementarios existen: uno en la primera puerta, un segundo en la tercera, un tercero en la cuarta y un último en la sexta puerta.
7. El año pues está compuesto de, según eso, trescientos sesenta y cuatro días.
8. Así el cálculo es exacto. Pues estos luminares esos meses, esos períodos, esos años, esos días, Uriel me los ha revelado y explicado, él, quien por voluntad de Dios, tiene poder sobre todos esos astros, y regula sus influencias.
9. He aquí el orden de los astros, cada uno según el lugar del cielo por donde sale o se pone, según las estaciones, los tiempos, los períodos, los días y los meses.
10. He aquí los nombres de los que los dirigen, de los que velan por sus trayectorias, por sus períodos, por sus influencias.

11. Cuatro de ellos abren la comitiva; se reparten el año en cuatro partes. Otros doce vienen seguidamente, formando los doce meses del año, divididos en trescientos sesenta y cuatro días, con los jefes de los mil que distinguen los días, tanto los días ordinarios como los suplementarios, quienes, como los primeros jefes se reparten el año en cuatro partes.
12. Los jefes de los mil están emplazados en medio de los astros, y cada uno de ellos está en su sitio. Y bien, he aquí los nombres de los que gobiernan las cuatro partes del año, a saber: Melkel, Helammelak;
13. Meleyal y Narel.
14. En cuanto a los nombres de los otros, son: Adnarel, Jyasusal y Jyelumeal.
15. Estos tres últimos van después de los jefes de la clase de las estrellas; cada uno, va regularmente después de los que se reparten el año en cuatro estaciones.
16. En la primera parte del año aparece Melkyas, que también se llama Tamani y Zahay.
17. Los días sometidos a su influencia son noventa y uno.
18. Y he aquí lo que se ve en la tierra durante esos días: sudor, calor y trabajo. Todos los árboles se vuelven fértiles, las hojas brotan, la cosecha regocija al labrador, la rosa y todas las flores embellecen la campiña, y los árboles muertos durante el invierno se resecan.
19. He aquí los que mandan en segundo lugar: Barkel, Zelsabel y otro conductor de un ciento, llamado Heloyalef. El otro conductor después de ellos es Helemmek, a cuyo nombre le llaman el espléndido Zahay.
20. Los días sometidos a su influencia son noventa y uno.
21. He aquí lo que pasa en la tierra durante ese tiempo: calor y sequedad, los árboles dan sus frutos, y los frutos son excelentes para secar.
22. Los rebaños van a sus pastos, y las ovejas conciben. Se acumulan todos los bienes de la tierra, se amontonan los granos en los graneros, y se llevan las uvas a las prensas.
23. Los nombres de los otros son Gedaeval, Keel, Heel;
24. A los cuales hay que añadir a Asphael.
25. Y los días de su autoridad han expirado y acabado.

CAPÍTULO LXXXII

1. Y ahora, Matusalén, hijo mío, yo he compartido contigo todas las visiones que he tenido antes de tu nacimiento. Aun tuve otras dos antes de casarme, y ninguna de ellas se parecía a la otra.
2. La primera apareció mientras estaba ocupado en leer, y la segunda algún tiempo antes de desposarme con tu madre. Fueron dos visiones importantes.
3. Respecto a las cuales interrogué al Señor de los Espíritus.
4. Reposaba yo en casa de mi abuelo Malaleel, y vi el cielo brillante y radiante.
5. Y me prosterné, y vi que la tierra era devorada por un gran agujero, y unas montañas suspendidas sobre otras montañas
6. Los cerros caían sobre colinas, los árboles más altos se desplomaban en toda su altura y se precipitaban en el abismo y caían hasta el fondo.

7. A la vista de este caos, mi voz balbuceaba. Exclamé: ¡Ay de la tierra! Entonces mi abuelo Malaleel me levantó y me dijo: ¿Por qué exclamas, hijo mío, por qué te lamentas?
8. Yo le conté la visión que había tenido, y él me dijo: Lo que has visto es grave, hijo mío.
9. Y la visión que has tenido es angustiosa; evidentemente está relacionada con los pecados de la tierra, los cuales el abismo debe devorar. Sí, se producirá una gran catástrofe
10. Por eso mismo, ¡oh hijo mío!, levántate e implora al Dios de gloria, puesto que tú eres fiel, para que deje algunas personas sobre la tierra, y para que no perezcan todos los hombres. Hijo mío, la catástrofe llegará por el cielo y caerá sobre la tierra, y ello será una gran ruina
11. Entonces me levanté y supliqué al Señor; escribí mis oraciones para todas las generaciones del mundo, dando a mi hijo Matusalén todas las explicaciones que pudiera desear.
12. Y cuando hube salido, y hube visto al sol levantándose por el oriente, a la luna poniéndose por el occidente y a todas las estrellas que Dios ha creado progresando majestuosamente por el cielo, entonces celebré al Señor de toda justicia, ensalcé su santo nombre porque había hecho surgir al sol por las ventanas del oriente; el sol asciende y se eleva ante la faz del cielo y recorre su brillante trayectoria.

CAPÍTULO LXXXIII

1. Y alcé las manos al cielo y alabé al santo y al Altísimo. Y abrí la boca, y sirviéndome de la lengua que Dios ha dado a todos los hijos de los hombres, para servir de instrumento a sus pensamientos, yo le celebré en estos términos:
2. Bendito seas, Señor, rey poderoso y sublime, señor de todas las criaturas del cielo, Rey de reyes, Dios de todo el universo, cuyo reino, dominación y majestad no tendrán jamás fin.
3. De siglo en siglo tu reino subsistirá. Los cielos constituyen tu trono para siempre, y la tierra es tu escabel de eternidad en eternidad.
4. Pues eres Tú quien les ha hecho, eres Tú quien les gobierna. Nada puede sustraerse a tu poder infinito. Contigo la sabiduría es inmutable: vela sin cesar cerca de tu trono. Tú sabes, tú ves, tú lo oyes todo; nada puede sustraerse a tu poderosa mirada ¡pues tu ojo está por todas partes!
5. He aquí a los ángeles que han transgredido tus mandamientos, y tu cólera se cierne sobre la carne del hombre, hasta el gran día del juicio.
6. Pues bien, Señor, Dios mío, rey poderoso y clemente, yo te suplico, escucha mis plegarias; que mi posteridad se perpetúe sobre la tierra, ¡que el género humano no perezca del todo!
7. ¡No abandones a la tierra desolada, y que no sea destruida nunca más!
8. ¡Oh Señor!, extermina de la faz de la tierra a la carne que te ha ofendido, mas conserva a la raza de los justos para perpetuarla para siempre. ¡Oh Señor!, no apartes tu rostro de tu servidor.

CAPÍTULO LXXXIV

1. Seguidamente tuve otra visión, que también voy a explicarte, ¡oh hijo mío! Y Henoc se levantó y dijo a su hijo Matusalén: Deja de entretenerme, ¡oh hijo mío! Escucha las palabras de mi boca, y presta oído a la visión y al sueño de tu padre. Antes de casarme con tu madre, tuve una visión en mi cama.
2. He aquí que vi a un toro saliendo de la tierra.
3. Y ese toro era blanco.
4. Seguidamente salió una ternera, y con ella dos jóvenes terneros, uno de los cuales era negro y el otro era rojo.
5. El negro golpeó al rojo y le persiguió por toda la tierra.
6. Desde ese momento ya no volví a percibir al ternero rojo, pero al negro le sobrevino una vejez extrema y tenía con él a una ternera.
7. Seguidamente vi a muchos toros nacidos de esa pareja, que se les parecían y que les seguían.
8. Y la primera ternera huyó de la presencia del primer toro, y buscó al ternero rojo, pero no lo encontró.
9. Y profería gemidos de lamento mientras le buscaba.
10. Y continuó con sus gritos hasta que el toro se le acercó; a partir de ese momento dejó de quejarse y de gemir.
11. Y después trajo al mundo a un toro blanco.
12. Y después de éste, a muchos otros toros y becerras.
13. Todavía vi en mi sueño a un buey blanco que crecía de la misma manera, y que terminó por convertirse en un gran buey blanco.
14. Y de él salieron muchos otros bueyes que se le parecían.
15. Y éstos empezaron a producir otros bueyes blancos, que se les parecían, y se sucedían los unos a los otros.

CAPÍTULO LXXXV

1. Levanté los ojos y todavía vi el cielo sobre mi cabeza.
2. Y he aquí que una estrella cayó del cielo.
3. Y se levantó en medio de esos toros y parecía pacer con ellos.
4. A continuación vi a otros toros grandes y negros, y he aquí que cambiaban sin cesar de pastos y de establos, cuando sus jóvenes terneros empezaban a lamentarse con ellos, y mirando todavía al cielo, vi a muchos otros astros que volvían a descender y se precipitaban hacia esa estrella única.
5. Entre los jóvenes becerros, estaban los toros y nacían con ellos.
6. Miré y admiré esas cosas, y he aquí que los toros empezaron a ponerse fogosos y a montar a las becerras, y éstas concibieron y pusieron en el mundo a elefantes, camellos y asnos.
7. Y los toros estaban' horrorizados de esa generación monstruosa, y en seguida se pusieron a morderles y a cornearles.

8. Y los elefantes devoraron a los toros, y he aquí que todos los hijos de la tierra se estremecían ante ese espectáculo y huían horrorizados.

CAPÍTULO LXXXVI

1. Aún les estaba mirando cuando les vi golpearse los unos a los otros y devorarse, y oí a la tierra gemir por ello. Entonces, volví por segunda vez mi mirada hacia el cielo, y en una segunda visión, vi salir a unos hombres blancos. Había uno y tres más que le acompañaban

2. Esos tres hombres que salieron los últimos, me tomaron de la mano, y elevándome por encima de la tierra y de sus habitantes, me condujeron a un lugar elevado.

3. Y desde allí me mostraron una alta torre rodeada de colinas más bajas, y me dijeron: Quédate aquí hasta que veas lo que debe suceder por causa de e elefantes, esos camellos y esos asnos, esos astros y todas esas becerras.

CAPÍTULO LXXXVII

1. Entonces percibí al que había salido el primero de esos cuatro hombres blancos.

2. Y cogió la primera estrella que había caído del cielo.

3. Y le ató los pies y las manos, y la arrojó a un valle estrecho, profundo, horrible y tenebroso.

4. Entonces uno de ellos lanzó una espada y les dio a los elefantes, a los camellos y a los asnos, los cuales empezaron a golpearse mutuamente y toda la tierra se estremeció a causa de esto.

5. Y en mi visión, he aquí que vi a uno de los cuatro hombres que habían bajado del cielo, quien reunió y cogió a todas las grandes estrellas, cuyas partes sexuales eran semejantes a las partes sexuales de los caballos, y las arrojó a todas, atadas de pies y manos, a las cavernas de la tierra.

CAPÍTULO LXXXVIII

1. Entonces uno de los cuatro hombres se acercó a los otros toros, y les enseñó tales misterios, que éstos temblaban. Y un hombre nació y construyó un gran navío. Vivía en ese navío, y con él tres toros y una cubierta se hizo encima de ellos.

2. Alcé de nuevo mis miradas al cielo, y percibí una gran bóveda, y encima de ella había siete cataratas que derramaban torrentes de lluvia sobre un pueblo.

3. Seguí mirando, y vi que las fuentes de la tierra se esparcían sobre la tierra en ese pueblo.

4. Y el agua empezó a formar torbellinos y a subir sobre la tierra, de manera que yo ya no podía percibir ese pueblo, porque estaba del todo cubierto de agua.

5. Había en efecto mucha agua, tinieblas y nubes, y he aquí que la altura del agua sobrepasaba a la altura de todos los pueblos.

6. El agua los cubría del todo e inundaba a la tierra.

7. Y todos los toros allí reunidos fueron sumergidos y perecieron en las aguas.

8. Pero el navío flotaba sobre la superficie de esas mismas aguas. En cambio, todos los toros, los elefantes, los camellos y los asnos, y los rebaños perecían en esta inmensa inundación, desaparecían engullidos y yo ya no les pude ver más en el abismo de donde no podían ya apartarse.
9. Seguí mirando, y he aquí que las cataratas cesaron de caer de lo alto, y las fuentes de la tierra dejaron de fluir, y los abismos se entreabrieron.
10. Y las aguas se precipitaron por ellos, y la tierra apareció.
11. Y el navío se detuvo sobre la tierra, las tinieblas se disiparon y la luz apareció.
12. Entonces, el buey blanco, que se había convertido en hombre, salió del arca, y con él tres toros.
13. Y uno de los tres toros era blanco, y parecido a ese buey; otro era rojo como la sangre, y el tercero era negro, y el toro blanco se apartó de los otros.
14. Y las bestias de los campos y los pájaros empezaron a multiplicarse.
15. Y las diferentes especies de esos animales se reunieron, los leones, los tigres, los lobos, los perros, los jabalíes, los zorros, los camellos y los cerdos.
16. Las ardillas, los milanos, los buitres, los gavilanes y los cuervos.
17. Y entre ellos nació un buey blanco.
18. Y empezaron a morderse los unos a los otros, y el buey blanco, que había nacido entre ellos, engendró a un onagro o asno silvestre y a un buey blanco, y seguidamente a muchos onagros. Y el buey blanco que también había sido engendrado por él, engendró a su vez a un jabalí negro y a una oveja blanca.
19. El jabalí engendró a muchos otros jabalíes.
20. Y la oveja engendró a otras doce ovejas.
21. Cuando esas doce ovejas fueron mayores, vendieron una de ellas a los asnos.
22. Y los asnos vendieron la oveja a los lobos.
23. Y ésta crecía entre ellos.
24. Entonces el Señor condujo a las otras ovejas a vivir con la primera y a pacer con ella entre los lobos.
25. Y las ovejas se multiplicaron, y sus pastos eran abundantes.
26. Pero los lobos empezaron a espantarlas y a perseguirlas, y exterminaban a sus crías.
27. Y las colocaron en las profundidades de un gran río.
28. Entonces las ovejas empezaron a lamentarse a causa de la pérdida de sus crías, y a volverse hacia el Señor en busca de ayuda; una de ellas sin embargo, logró escaparse y se refugió entre los onagros.
29. Y vi a las ovejas lamentándose, rogando e implorando al Señor.
30. Con todas sus fuerzas, hasta que el Señor descendió, ante sus gritos, desde lo alto de su morada celeste, y se dignó visitarlas.
31. Y llamó a la oveja que había escapado al diente de los lobos. Y la mandó que fuese al encuentro de esos lobos asesinos y les advirtiese que no volvieran a atacar a las ovejas.
32. Entonces la oveja fue al encuentro de los lobos, fortalecida por la palabra del Señor, y otra oveja salió al encuentro de la primera y fue con ella.

33. Y habiendo entrado las dos juntas en la guarida de los lobos, les prohibieron que siguieran persiguiendo a las ovejas.
34. A continuación vi a los lobos oprimiendo cada vez más al rebaño de ovejas. Y las ovejas siguieron gritando al Señor, y el Señor descendió entre ellas.
35. Y empezó a exterminar a los lobos, los cuales aullaban, pero las ovejas guardaban silencio y ya no proferían más gritos.
36. Y he aquí que yo vi que las ovejas emigraron del país de los lobos. Los ojos de esos lobos estaban enceguecidos, y salieron y persiguieron a las ovejas con todas sus fuerzas. Pero el señor de las ovejas iba con ellas y las conducía.
37. Y todas las ovejas le seguían.
38. Su rostro era terrible; su aspecto brillante y magnífico. Sin embargo los lobos empezaron a perseguir a las ovejas hasta que las hubieron alcanzado a la orilla de un gran mar.
39. Entonces el mar se dividió y las aguas se mantuvieron a cada lado, como un muro.
40. Y el Señor de las ovejas, que las conducía, se colocó entre ellas y los lobos.
41. Sin embargo los lobos no veían a las ovejas, pero las perseguían hasta el medio del mar, y entonces las aguas se volvieron a cerrar tras ellos.
42. Pero desde que vieron al Señor, se retiraron para huir de delante de su faz.
43. Pero entonces las aguas se volvieron a juntar según las leyes naturales, y engulleron a los lobos. Y vi a todos aquellos que habían perseguido a las ovejas, sumergidos entre las aguas.
44. Pero para las ovejas, ellas cruzaron el mar, y se internaron en un desierto que no tenía ni árbol ni agua ni vegetación. Y las ovejas empezaron a abrir los ojos y a ver.
45. Y vi al Señor de esas ovejas vivir con ellas, y procurarles las aguas necesarias.
46. Con la oveja que guiaba a las otras.
47. Y esta oveja subió a la cima de una elevada peña, y el Señor de las ovejas la envió hacia las otras.
48. Y vi al señor de esas ovejas en medio de ellas, y su rostro era severo y terrible.
49. Y a partir del momento en que le hubieron visto, las ovejas se asustaron.
50. Y del todo temblorosas enviaron a la oveja que las guiaba, y a la que estaba con ella, y le dijeron: No podemos permanecer ante el Señor ni mirarle a la cara.
51. Entonces la oveja que las conducía, volvió a subir a la cumbre de la montaña.
52. Y las otras ovejas comenzaron a estar enceguecidas, y a extraviarse por el camino que les había mostrado la oveja. Pero ésta no sabía nada de ello.
53. Y el Señor estaba irritado contra ellas, y cuando la oveja supo lo que pasaba al pie de la montaña.
54. Descendió de la a toda prisa, y habiéndose acercado a ellas, encontró a muchas y las reunió.
55. Que se habían enceguecido.
56. Y que habían abandonado su sendero. Y cuando las otras ovejas la vieron, temían y temblaban ante su presencia.
57. Y desearon regresar a su redil.

58. Entonces esta oveja, conduciendo a las otras ovejas con ella, se acercó a aquellas que se habían extraviado.
59. Y empezó a golpearlas, y estaban asustadas ante su presencia. Entonces ella recondujo al redil a las que se habían extraviado.
60. Vi también en una visión que esa oveja se convertía en hombre, y las recogió allí.
61. Vi caer además a una oveja que había salido al encuentro de la que era el guía de las otras. Finalmente vi perecer a un gran número de otras ovejas, a sus crías crecer en el lugar de ellas, entrar en un nuevo pasto y llegar al borde de un gran río.
62. Y la oveja que las había conducido y que se había convertido en hombre, se separó de ellas y murió.
63. Y todas las ovejas la buscaban, y la llamaban con gritos desgarrados.
64. También vi que cesaron de llorar, y que franquearon las aguas de un río.
65. Allí se criaron otras ovejas, para reemplazar a las que habían muerto y que las habían conducido anteriormente.
66. Finalmente las vi entrar en ese lugar afortunado, en una tierra de bendición y de dicha.
67. Allí se saciaban las ovejas, y sus rediles se levantaban sobre esa tierra bienaventurada, y sus ojos estaban a veces abiertos, a veces enceguecidos, hasta que una oveja se alzó de entre ellas, y las condujo de tal manera que las restableció y les abrió los ojos.
68. Pero los perros, los zorros y los jabalíes empezaron a devorarlas, hasta que otra oveja se convirtió en la ruina del rebaño y del carnero que las conducía. Ese carnero empezó, en efecto, a golpear con sus cuernos a los perros, los zorros y los jabalíes, y a exterminarlos a todos.
69. Pero la primera oveja, al abrir los ojos, vio como la gloria del carnero palidecía y se extinguía.
70. Pues él empezó a golpear también a las ovejas, a perseguirlas y a olvidar toda su dignidad.
71. Entonces el Señor envió esa primera oveja a otra oveja, para educarla como carnero y conductor del rebaño., en lugar de la que había perdido su gloria.
72. La oveja acudió y El habló y la convirtió en carnero, y los perros no cesaban de vejar a las ovejas.
73. Y el primer carnero perseguía al segundo.
74. Entonces éste se levantó, y desapareció de delante del primer carnero. Y vi a los perros maltratar a ese primer carnero.
75. Pero el segundo se levantó y condujo a las ovejas jóvenes.
76. Y engendró muchas, otras ovejas, pero al fin sucumbió.
77. Y tuvo por sucesor a un joven carnero que se convirtió en el jefe y conductor del rebaño.
78. Y bajo él, las ovejas crecían y se multiplicaban.
79. Y todos los perros, zorros y jabalíes le temían y huían ante él.

80. Pues ese carnero golpeaba y ponía en fuga a todas las bestias feroces, de manera que a partir de entonces les era imposible oprimir a las ovejas o arrebatarse ni tan solo a una de ellas.
81. Y el redil se volvió grande y magnífico, y se elevó una alta torre en medio de esas ovejas.
82. El redil era poco elevado, pero la torre era bastante alta.
83. Y el Señor de las ovejas se colocó en esa torre, y quiso que se le erigiera una mesa magnífica.
84. Pero vi en seguida que las ovejas empezaron a errar de nuevo, a seguir distintos caminos y a abandonar el redil.
85. Y el Señor llamó a algunas de ellas y las envió a las otras.
86. Pero éstas empezaron a matar a las primeras. Una de ellas sin embargo, llegó a evitar el castigo con que se la amenazaba, y fugándose, rogó contra aquellas que querían matarla.
87. Y el Señor de las ovejas la salvó de sus manos, y la hizo subir y sentarse cerca de mí y quedarse conmigo.
88. Envió además a esas ovejas prevaricadoras de sus mandamientos, otras ovejas, para tener testigos contra ellas.
89. Vi además, que esas ovejas, al abandonar al Señor y la torre erigida en su honor, erraban ciegamente por regiones desconocidas.
90. Finalmente vi vengarse al Señor mismo, pues les hizo una gran carnicería, pero ellas le gritaban; entonces El abandonó su templo y las dejó en poder de los leones, de los tigres, de los lobos, de los zorros y de toda especie de bestias feroces.
91. Y esas bestias empezaron a destrozarlas.
92. También vi que el Señor, al cual habían abandonado, las entregaba a los leones feroces y crueles, y a toda especie de bestias.
93. Entonces grité con todas mis fuerzas, e imploré al Señor por esas ovejas a las que devoraban toda especie de bestias feroces.
94. Pero El no respondió, y miraba con satisfacción a esas ovejas que eran devoradas y exterminadas. Finalmente, llamó a setenta pastores y les dio el cuidado de velar el rebaño.
95. Y les dijo: Que cada uno de vosotros vele por las ovejas, y que haga lo que Yo le mande; Yo os daré a cada uno cierto número de ellas para que las conduzcáis.
96. Y a aquellas que Yo os diga que exterminéis, vosotros las exterminaréis; y Él se las entregó.
97. Entonces llamó a otro pastor y le dijo: Atiende y entérate de todo lo que los pastores hagan a esas ovejas, pues harán perecer muchas más que las que Yo les designe.
98. Y toda transgresión, todo crimen que cometan los Pastores, será anotado; es decir, que será preciso indicar las que habrán sido muertas por orden mía, y las que ellos hayan hecho perecer por su propia autoridad.
99. Todo crimen cometido por los pastores les es tenido en cuenta. No dejes, pues, de escribir cuántas ovejas hagan perecer por su propia autoridad, cuántas entreguen al

suplicio, para que esa cuenta sea contra ellos un testimonio, que yo sepa todo lo que hayan hecho; si han ejecutado mis órdenes, o han dejado de cumplirlas.

100. Pero que ignoren lo que te mando; no les abras nada los ojos al respecto; no les hagas ninguna advertencia, antes bien, cuenta con cuidado todos los crímenes que cometan y dame un conocimiento exacto de ellos.

101. Y abandonaron a las ovejas, a los leones, de manera que muchas de ellas fueron devoradas por los leones y por los tigres, y los jabalíes se arrojaron sobre ellas; quemaron la torre consagrada al Señor y destruyeron el redil.

102. Y yo estuve muy apenado por el incendio, de esa torre y por la ruina del redil.

103. Pues en seguida me fue imposible verla.

104. En cuanto a los pastores y a sus cómplices, ellos mismos entregaban las ovejas a todas las bestias feroces, para que las devorasen. Cada una de ellas era entregada a su turno y en su tiempo. Ahora bien, cada una era inscrita en un libro, y todas las que perecían eran cuidadosamente anotadas en él.

105. Sin embargo, cada pastor hacía perecer a muchas más de las que debía.

106. Entonces empecé a llorar y a indignarme por la suerte miserable de esas ovejas.

107. Y vi en mi visión cómo el que escribía, anotaba día a día los crímenes cometidos por los pastores; como subió y se presentó al Señor de las ovejas y le dio el libro que contenía la cuenta exacta de todo lo que los pastores habían hecho, la nota de todas aquellas ovejas que habían hecho perecer.

108. Y de todos los males que habían cometido.

109. Y el libro fue leído ante el Señor de los espíritus, quien, extendiendo la mano, lo firmó y luego lo dejó.

110. Seguidamente vi cómo los pastores tenían el dominio durante doce horas.

111. Y he aquí que tres de esas ovejas que habían vuelto del cautiverio, volvieron y entraron en el lugar del redil, y empezaron a reedificar todo lo que había sido destruido.

112. Pero los jabalíes se lo impedían, mas sus esfuerzos eran inútiles.

113. Y las ovejas continuaron edificando como anteriormente, y volvieron a levantar la torre que se llamó la Torre Alta.

114. Y empezaron a colocar de nuevo una mesa ante la torre, pero el pan que sobre ella pusieron era impuro y adulterado.

115. Además, todas las ovejas estaban enceguecidas; no podían ver, así como tampoco los pastores.

116. Y los pastores las entregaban para hacerlas perecer en gran número.

117. Pero el Señor de las ovejas se callaba, y todas las ovejas fueron arrastradas. Pastores y ovejas, todo estaba revuelto, y nadie las defendía de los ataques de las bestias salvajes.

118. Entonces, el que escribía el libro, subió y lo volvió a entregar al Señor de las ovejas. Pero al mismo tiempo, apiadado, le suplicó por ellas, prestando testimonio contra los pastores que las habían hecho perecer. Y después de haber dejado el libro se fue.

CAPÍTULO LXXXIX

1. Y noté cómo treinta y siete pastores volvieron a cuidar del rebaño hasta que cada uno desapareció a su turno como los primeros.
2. Después, vi yo en mi visión a todos los pájaros del cielo que acudían, las águilas, los milanos y los cuervos. Y las águilas guiaban a todos los demás.
3. Y empezaron a devorar a las ovejas, a sacarles los ojos con sus picos, y a alimentarse con su carne.
4. Y las ovejas proferían gritos desgarradores, al sentirse devoradas.
5. Y yo gritaba también, y gemía en mi sueño contra el pastor encargado del cuidado del rebaño.
6. Y vi a las ovejas devoradas por los perros, por las águilas y por los buitres. Su carne, su piel, sus músculos, todo era consumido; no les quedaban más que los huesos, que caían al suelo. Y el número de las ovejas disminuía considerablemente.
7. Y vi seguidamente a veinticuatro pastores situados a la cabeza del rebaño, y cuyos tiempos respectivos acumulados forman cincuenta y ocho años.
8. Entonces los corderos fueron puestos en el mundo por las ovejas blancas, y empezaron a abrir los ojos y a ver, y a llamar desesperadamente a sus madres.
9. Pero las ovejas no les veían, no escuchaban sus plañidos, pues estaban sordas, ciegas y empedernidas.
10. Y vi en mi visión que los cuervos se arrojaban sobre esos corderos.
11. Que los cogían y que devoraban a las ovejas después de haberlas hecho trizas.
12. Vi también crecer los cuernos de esos corderos, pero los cuervos intentaban quebrantarlos.
13. He aquí que por fin un gran cuerno surgió en la cabeza de una de esas ovejas, y los ojos de todas las otras fueron abiertos.
14. Y la primera les miraba, y sus ojos fueron abiertos, y las llamaba.
15. Los bueyes al verla se precipitaron sobre ella.
16. Sin embargo, las águilas, los milanos, los cuervos y los buitres continuaron persiguiendo a las ovejas, volando sobre ellas y devorándolas. Y las ovejas callaron, pero los bueyes se lamentaban y proferían gemidos.
17. Entonces los cuervos lucharon con ella.
18. Intentando partirla el cuerno, pero sus esfuerzos fueron inútiles.
19. Y miré hasta que vinieron los pastores, las águilas, los milanos y los buitres.
20. Que impulsaban a los cuervos a romper el cuerno de ese buey, y a que combatieran con él. Pero éste sostenía su acometida y pedía socorro.
21. Entonces vi venir al hombre que había inscrito los nombres de los pastores, y que había subido a la presencia del Señor de las ovejas.
22. Vino a prestar ayuda al buey, y anuncio a todos que había venido a socorrer al buey.
23. Y he aquí que el Señor de las ovejas descendió inflamado de cólera, y todos los que le percibieron salieron huyendo. Los otros se prosternaron en su tabernáculo, y las águilas, los milanos, los cuervos y los buitres se reunieron y arrastraron consigo a todas las ovejas de los campos.
24. Se reunieron todos e intentaron romper el cuerno del buey.

25. Entonces vi que el hombre que escribía por orden del Señor, tomaba el libro de la destrucción realizada por los doce últimos pastores, y probó que habían hecho perecer menor cantidad de ovejas que los que les habían precedido.
26. Además, vi venir hacia ellos al Señor de las ovejas, llevando en su mano el cetro de su cólera, golpear con éste a la tierra, la cual se entreabrió, y las bestias y los pájaros del cielo cesaron de perseguir a las ovejas, y cayeron en los abismos desparramados de la tierra, que se cerró tras ellos.
27. Vi también que daba una gran espada a las ovejas, que perseguían a su vez a las bestias salvajes, y las exterminaban.
28. Pero todas las bestias y todos los pájaros del cielo se retiraron de delante de ellas.
29. Y vi un trono erigido en una región afortunada.
30. Sobre el cual se sentaba el Señor de los espíritus, quien tomó todos los libros.
31. Y los abrió.
32. Entonces el Señor llamó a los siete primeros hombres blancos y les ordenó traer a la primera estrella, que había precedido a todas las otras, cuyas partes sexuales eran parecidas a las partes sexuales de los caballos, que había caído la primera, y todos la trajeron ante El.
33. Y Él dijo al hombre que escribía en su presencia, y que era uno de los siete hombres blancos: Coge a estos setenta pastores, a los cuales he confiado las ovejas, y que han hecho perecer muchas más de las que les había ordenado. Y he aquí que les vi encadenados y de pie ante mí. Y empezaron por juzgar a las estrellas, y fueron reconocidas culpables, y conducidas al lugar del juicio, y las arrojaron a un lugar profundo y repleto de llamas. Seguidamente, los setenta pastores fueron juzgados y reconocidos culpables, y fueron igualmente precipitados al abismo del fuego.
34. Al mismo tiempo, vi en medio de la tierra un abismo lleno de fuego.
35. Allí es donde eran conducidas las ovejas ciegas que habían sido juzgadas culpables; todas ellas eran precipitadas en ese abismo de fuego.
36. Y ese abismo estaba situado a la derecha de este redil.
37. Y vi quemarse a las ovejas y sus huesos consumirse por el fuego.
38. Y yo me mantenía de pie, considerando cómo fue destruido este antiguo redil; pero antes le habían quitado las columnas de marfil y todas las riquezas que encerraba, y las habían amontonado en un lugar situado al oriente.
39. Vi también al Señor de las ovejas erigir una casa más grande y más alta que la primera, y construirla en el mismo lugar donde había estado la primera. Todas sus columnas eran nuevas, y el marfil nuevo y en mayor cantidad que antes.
40. Y el Señor de las ovejas moraba en su interior. Y todas las bestias salvajes, todos los pájaros del cielo se inclinaron ante las ovejas que quedaban y las adoraron, les dirigieron oraciones, obediéndolas en todo.
41. Entonces los tres hombres que estaban revestidos de blanco, y que tomándome de la mano me habían hecho ascender, me elevaron más aún y me colocaron en medio de las ovejas, antes del comienzo del juicio.

42. Las ovejas eran todas blancas, la lana blanca y limpia de toda mácula. Y todas las que habían perecido o que habían sido exterminadas, todas las bestias salvajes, todas las aves del cielo se reunieron en esta casa, y el Señor de las ovejas se estremecía de alegría al ver entrar las ovejas al redil.
43. Y vi que ellas deponían la espada que les había sido dada, la devolvían al redil y la sellaban en presencia del Señor.
44. Las ovejas estaban encerradas en la casa, que apenas si podía contenerlas a todas. Y sus ojos estaban abiertos, y contemplaban al bueno, y no había ni una de ellas que dejara de verle.
45. Vi también que la casa era grande y amplia, y llena de gente. Y he aquí que nació un ternero blanco, cuyos cuernos eran grandes, y todas las bestias salvajes, todos los pájaros del cielo Le adoraban y Le imploraban incesantemente.
46. Entonces vi cómo se transformaba la naturaleza de todos ellos y cómo se convertían en terneros blancos.
47. Y el primero de ellos fue hecho Verbo, y el Verbo se convirtió en un gran animal, y llevaba sobre su cabeza grandes cuernos negros.
48. Y el Señor de las ovejas, se regocijaba a la vista de todos esos terneros.
49. Y yo que estaba prosternado, fui despertado, pero conservaba la memoria de todo lo que había visto. Tal es la visión que se me apareció durante mi sueño. Celebré al despertar, al Señor de toda justicia, y le rendí toda la gloria.
50. Seguidamente, vertí muchas lágrimas, y fluían sin parar, a causa del recuerdo de lo que había visto. Pues todas las cosas se cumplirán y todas las acciones de los bienaventurados se manifestarán a su tiempo.
51. Y pensé por la noche en el sueño que había tenido, y lloré amargamente, aún lleno de turbación por la visión que había tenido.

CAPÍTULO XC

1. Y ahora ¡oh Matusalén! hijo mío, hazme venir a todos tus hermanos y reúne ante mí a todos, los hijos de tu madre. Pues la voz interior me anima, el espíritu de lo alto se apodera de mí; voy a revelaros lo que debe suceder con el correr de los años.
2. Entonces Matusalén se fue y reunió ante Henoc a todos sus hermanos, y a todos sus parientes.
3. Entonces Henoc, dirigiéndose a todos sus hijos dijo:
4. Escuchad, dijo el, hijos míos, escuchad las palabras de vuestro padre, y prestad atención a lo que os voy a decir, pues debéis estar atentos cuando os hable. Queridos hijos, seguid los senderos de justicia y no os separéis por nada de ellos.
5. No tengáis en absoluto doblez de corazón, y no trabéis ninguna amistad con hombres engañosos, antes bien, caminad por los senderos de la justicia, seguid el buen camino y que la verdad sea vuestra compañera.
6. Porque os lo comunico: la persecución reinará un día sobre la Tierra, pero finalmente, Dios hará sobre ella una gran justicia, cuando la iniquidad sea consumada, será extirpada hasta la raíz. Sin embargo, ésta todavía rebrota, pero ¡que vanos son sus esfuerzos!, sus

obras seguirán siendo aniquiladas; toda opresión, toda impiedad será nuevamente castigada.

7. Es por ello que cuando la iniquidad, el pecado, la blasfemia, la tiranía, toda clase de mal, en una palabra, haya recrecido en la Tierra; cuando la desobediencia, la iniquidad y la impunidad, hayan prevalecido, entonces caerá del cielo un suplicio espantoso.

8. El Señor de toda santidad aparecerá en medio de su cólera, e infligirá a los culpables un castigo terrible.

9. El Señor de toda santidad aparecerá en medio de su cólera, y vendrá a juzgar a la Tierra.

10. Entonces la persecución será extirpada hasta la raíz, y la iniquidad será exterminada.

11. Todos los lugares de la Tierra serán devorados por el fuego, con sus habitantes. Todos, vengan de donde vengan, serán juzgados y castigados según sus obras, y sus suplicios serán eternos.

12. Entonces el justo se despertará de su sueño, y el Señor se alzará contra los malvados.

13. Entonces las raíces de la iniquidad, serán destruidas, los pecadores perecerán por el fuego, y los blasfemos serán exterminados.

14. Tanto los que oprimen a sus hermanos, como los que blasfeman, perecerán por la espada.

15. Y ahora, hijos míos, dejadme que os trace los senderos de la justicia y los de la iniquidad.

16. Después os diré lo que habrá de suceder.

17. Escuchadme pues, ¡oh, hijos míos! caminad por la vía de la justicia, evitad la vía de la iniquidad, pues todos los que siguieren esta vía perecerán para siempre.

CAPÍTULO XCI

1. He aquí lo que ha sido escrito por Henoc: Escribió este tratado de la sabiduría para todos los hombres llamados a gobernar o a juzgar a los otros hombres. Lo escribí también para todos mis y descendientes, los cuales deberán vivir en la tierra en el transcurso de las edades y caminar por los senderos de la rectitud y de la paz.

2. Que vuestro espíritu no se aflija en absoluto por lo que debe sucederos. Porque el Santísimo y Altísimo ha dispuesto a cada uno su tiempo.

3. Que el hombre justo se despierte de su sueño; que se levante y ande por el sendero de la justicia, por las vías de la bondad y de la gracia. La misericordia descenderá sobre el hombre justo, y será revestido para siempre de poder y de santidad. Vivirá en el bien y en la justicia, y su caminar discurrirá bajo la luz eterna; pero para el pecador, éste no andará más que entre tinieblas.

CAPÍTULO XCII

1. Finalmente Henoc empezó a hablar refiriéndose a un libro.

2. Y dijo: De los hijos de la justicia, de los elegidos del mundo, de la planta de la justicia y de la pureza.

3. De todas esas cosas voy a hablaros; os las explicaré todas, hijos míos, yo, que soy Henoc. Pues por las visiones que he tenido, he adquirido un gran conocimiento, y me ha sido dado el leer las mismísimas tablas del cielo.
4. Entonces Henoc empezó a hablar refiriéndose a un libro, y dijo: Yo nací el séptimo día de la primera semana, mientras el juicio y la justicia esperaban con paciencia.
5. Pero después de mí, durante la segunda semana, una gran iniquidad se cernerá, y el fraude pululará sobre la tierra.
6. Y habrá entonces un primer fin, y un solo hombre será salvado.
7. Pero, una vez terminada la primera semana, la iniquidad se acrecentará, y el Señor hará ejecutar el decreto dictado contra los pecadores.
8. Seguidamente, durante la tercera semana, será elegido un hombre para que sea el tronco de un pueblo fuerte y justo, y después de él la planta de la justicia brotará para siempre.
9. Seguidamente, durante el período de la cuarta semana, los santos y los justos tendrán visiones; el orden de las generaciones será establecido, y se constituirá una morada para ellas; durante la quinta semana se erigirá para ellos una mansión gloriosa y poderosa.
10. Después, durante la sexta semana, todos los que en ella se encuentren serán envueltos por las tinieblas, y sus corazones olvidarán la sabiduría, y un hombre será arrebatado de entre ellos.
11. Durante ese mismo período, la mansión poderosa y magnífica será presa de las llamas, y la raza de los elegidos será dispersada por toda la tierra.
12. Seguidamente, durante la séptima semana, surgirá una raza perversa, cuyas numerosas obras serán obras de iniquidad. Entonces los justos y los elegidos serán recompensados, y les será dado un conocimiento siete veces más grande sobre todas las partes de la creación.
13. Vendrá luego otra semana, la semana de la justicia, que poseerá la espada del juicio y de la justicia, para golpear a todos los opresores.
14. Entonces los pecadores serán puestos en manos de los justos, quienes, durante esa semana, se merecerán una morada por su justicia, y construirán un palacio al gran Rey. Después de esa semana vendrá la novena, durante la cual se producirá el juicio universal.
- 15: Las obras del impío se borrarán de la faz de la tierra. El mundo será condenado a la destrucción, y todos los hombres caminarán por la senda de la justicia.
16. Después, durante la séptima parte de la décima semana, será el juicio eterno, que será ejercido contra los vigilantes, y el cielo entero germinará en medio de los ángeles.
17. El primer cielo será quitado y se desvanecerá, el segundo aparecerá, y todas las potencias celestes brillarán con un esplendor siete veces mayor. Luego vendrán muchas otras semanas, cuyo número es incalculable, que transcurrirán en la santidad y la justicia.
18. Entonces ya no habrá más pecados.
19. ¿Quién, entre los hijos de los hombres, oyendo la voz del Santo no se sentirá emocionado por ella?
20. ¿Quién podría contar sus pensamientos? ¿Quién podría contemplar la obra de la creación del cielo, comprender sus maravillas?

21. Se podría ver quizás su alma, pero jamás su espíritu. No es posible hablar sabiamente de Él, ni elevarse hasta su altura. Quien mire a los límites de los cielos, verá que es imposible abarcar la inmensidad de los mismos.
22. ¿Quién entre los hijos de los hombres podría sondear la longitud y la anchura de la tierra?
23. ¡A quien hayan sido reveladas las dimensiones de todas las cosas! ¿Hay un sólo hombre que pueda por mediación de su inteligencia abarcar el cielo, sondear su profundidad, descender hasta sus cimientos?
24. ¿Que sepa el número de las estrellas y conozca el lugar de reposo de todos los planetas?

CAPÍTULO XCIII

1. Y ahora hijos míos, os exhorto a amar a la justicia, a caminar por sus senderos. Pues los senderos de la justicia merecen que uno penetre en ellos; mientras que los de la iniquidad se interrumpen de golpe y se terminan con un abismo.
2. Los caminos de la iniquidad y de la muerte serán revelados a los hombres ilustres, pero éstos se mantendrán alejados de ellos y no los transitarán jamás.
3. A vosotros me dirijo ¡oh justos! no sigáis en absoluto los senderos de la malignidad y de la persecución. ¡Rehuid los senderos de la muerte, no os aproximéis a ellos en absoluto, pues pereceríais!
4. Antes bien, elegid la justicia y la vida santa y pura.
5. Caminad por el camino de la paz, y seréis dignos de la vida eterna. Guardad memoria de mis palabras, no dejéis que se borren de vuestro corazón, pues yo sé que los pecadores empujan con violencia al hombre a cometer el mal. Pero no tendrán éxito en ninguna parte, y sus deseos no resultarán.
6. ¡Malditos quienes levantan la maldad y la inmoralidad y la prevención, y quienes sostienen el fraude, pues serán confundidos y jamás obtendrán la paz!
7. ¡Malditos quienes edifican su morada sobre el pecado, pues los cimientos de esa morada serán derribados, y caerán por mediación del hierro! ¡Malditos también aquellos que poseen el oro y la plata, pues perecerán; malditos pues vosotros, poderosos, pues ponéis vuestra confianza en las riquezas, mas perderéis esas riquezas, pues habéis olvidado al Altísimo en el día de vuestra prosperidad!
8. Habéis cometido blasfemia e iniquidad; estáis destinados al día de la matanza, al día de las tinieblas, al día del gran juicio.
9. En verdad os digo: ¡Aquel que os ha creado, os perderá!
10. No habrá piedad de vuestra suerte, por el contrario. Él se regocijará de vuestra perdición
11. Y los justos que hay entre vosotros serán en esos días la irrisión de los pecadores y de los impíos.

CAPÍTULO XCIV

1. Plugo a Dios que mis ojos fuesen dos nubes de agua para llorar mis vicios y derramar torrentes de lágrimas, y calmar así las angustias de mi corazón.
2. ¿Quién os ha permitido el cometer así la iniquidad y la impureza? ¡Malditos vosotros, pecadores, he aquí el juicio!
3. Los justos no temerán a los malvados, pues Dios les someterá un día a vuestro poder, a fin de que les inflijáis la venganza que mejor os plazca.
4. Malditos vosotros que maldecís ¡pereceréis a causa de vuestro pecado! ¡Malditos vosotros que hacéis el mal a vuestro vecino' porque tendréis la recompensa que merecen vuestras obras!
5. ¡Malditos vosotros testigos de falsedad, que aumentáis la iniquidad, pues pereceréis!
6. ¡Malditos vosotros pecadores! que repudiáis a los justos, que acogéis y rechazáis según vuestros caprichos a aquellos que cometen la iniquidad, pues seréis uncidos bajo su yugo.

CAPÍTULO XCV

1. Tened pues buena esperanza ¡oh justos! pues los pecadores perecerán ante vosotros; os convertiréis en sus dueños y les mandaréis como queráis.
2. En el día del castigo de los pecadores, vuestra raza será ensalzada y se elevará como la del águila. Vuestro nido será llevado a alturas más sublimes que las del milano; subiréis, penetraréis a las entrañas de la tierra y a las cavernas de los roquedales para escapar a los pecadores.
3. Y se os creará perdidos, y se gemirá y llorara por vosotros.
4. Pero no temáis en absoluto a aquellos que os atormentan, pues seréis salvados, y una luz refulgente os envolverá y una palabra de paz será oída en el cielo. ¡Malditos vosotros, pecadores! pues vuestras riquezas os harán pasar por santos, pero vuestra conciencia os convencerá de que no sois más que pecadores. Y esta acusación interior será vuestra condenación.
5. ¡Malditos vosotros que os nutrís del mejor trigo y bebéis los mejores licores, y que, en vuestro orgullo de poderío y soberbia, aplastáis a los pobres!
6. ¡Malditos vosotros que bebéis agua en todo tiempo! pues pronto tendréis vuestra recompensa; seréis consumidos, seréis exterminados, porque no habéis saciado en absoluto vuestra sed en las fuentes de la vida.
7. ¡Malditos vosotros que cometéis la inmoralidad, el fraude y la blasfemia! dejaréis de vosotros un mal recuerdo. ¡Malditos vosotros, poderosos, que holláis la justicia con los pies! pues he aquí que viene el día de vuestra perdición. Entonces, mientras estéis sufriendo los castigos merecidos por vuestros crímenes, los justos gozarán de días numerosos y afortunados.

CAPÍTULO XCVI

1. Los justos tienen confianza, mas los pecadores serán confundidos y perecerán en el día de la iniquidad.

2. Vosotros mismos tendréis consciencia de ello, pues el Altísimo se acordara de vuestra perdición y los ángeles se regocijarán con ella. ¿Qué haréis pues, pecadores, y adónde huiréis el día del juicio, cuando oigáis la voz de las plegarias de los justos?
3. Vosotros no os asemejaréis a ellos, pues se alzarán contra vosotros una palabra terrible: Vosotros sois los compañeros de los pecadores.
4. Durante esos días las plegarias de los justos se elevarán hacia Dios, pero el día de vuestro juicio llegará, y todas vuestras iniquidades serán reveladas ante el Grande y el Santo.
5. Vuestro rostro se cubrirá de vergüenza; todo lo que tenga la misma naturaleza que el crimen será rechazado.
6. ¡Malditos vosotros, pecadores! ya estéis en medio del mar o en la árida llanura, pues un mal testimonio se ha pronunciado contra vosotros ¡Malditos vosotros que poseéis plata y oro, riquezas que no habéis adquirido mediante justos caminos! Vos decís: Somos ricos, vivimos en la abundancia y hemos adquirido todo aquello que podemos desear.
7. Hagamos pues todo lo que nos plazca, pues tenemos montones de dinero; nuestros graneros están llenos, y las familias de nuestros colonos son tan numerosas como las aguas de una fuente abundante.
8. Esas falsas riquezas se escaparán como el agua, y vuestros tesoros se desvanecerán y os serán quitados, porque los habéis adquirido injustamente, y seréis abrumados por la maldición divina.
9. Yo os maldigo también, prudentes del siglo; vosotros, verdaderos insensatos que, con los ojos siempre fijos en la tierra, habéis buscado cubriros con ropas más elegantes que una joven novia y más ricas que las de las vírgenes. Afectáis por todas partes la majestad, la magnificencia, el lujo y la fortuna, pero vuestro oro, vuestras grandezas y vuestras riquezas se desvanecerán como una sombra.
10. Pues no es ahí donde radica la sabiduría. También morirán ellos pues, con sus riquezas, con su falsa gloria y con sus vanos honores.
11. Perecerán con vergüenza y menoscambio, y sus almas serán arrojadas al horno ardiente.
12. Yo os lo juro ¡oh pecadores! que ni montañas ni colinas han sido creadas para servir al ornamento de un afeminado.
13. El pecado no viene en absoluto de lo alto, sin embargo, los hombres han encontrado el secreto de hacer el mal, mas ¡maldición a los que lo cometen!
14. La mujer no ha sido creada estéril, sin embargo se ha privado de hijos con sus propias manos.
15. Pero yo lo juro por el Grande y por el Santo que todas vuestras malas obras serán manifiestas y ninguna de ellas podrá sustraerse a la luz del día.
16. No penséis ni digáis: Mi crimen está escondido, mi pecado no es conocido por nadie, es pues en el cielo se anota exactamente ante el Altísimo todo lo que se hace en la tierra y todos los pensamientos de los hombres. Se sabe cada día las persecuciones de las cuales os convertís en culpables.

17. Malditos vosotros insensatos pues pereceréis en vuestra locura. No queréis escuchar en absoluto a los sabios; no obtendréis la recompensa de los Justos.
18. Sabed pues que estáis destinados al día de la justicia; no esperéis vivir después de haber sido pecadores; moriréis, pues no os habéis aprovechado del precio de la redención.
19. Sí, estáis destinados para el día de la Ira divina, para el día del gran duelo y de la vergüenza de vuestros espíritus.
20. ¡Malditos vosotros, cuyo corazón se ha endurecido, que cometéis tan fácilmente el crimen y os nutrís de sangre! ¿Quién os ha dado los bienes de los que gozáis? ¿Habéis olvidado que es el Altísimo quien los ha esparcido por, la tierra para beneficiar a todos los hombres? Lo habéis olvidado; así pues, ¡nunca habrá paz para vosotros!
21. Malditos vosotros, los que amáis la iniquidad. ¿A qué título habríais de recibir alguna recompensa? ¡Sabed que seréis puestos en manos de los justos, quienes partirán vuestras cabezas, y no tendrán para con vosotros ninguna misericordia!
22. Malditos vosotros, que triunfáis en la persecución de los justos, pues no tendréis ninguna sepultura.
23. Malditos vosotros que volvéis inútil la palabra del Señor, pues para vosotros no hay ninguna esperanza de vida.
24. Malditos vosotros, que escribís palabras engañosas, palabras injustas, pues vuestras mentiras, vuestras iniquidades también están escritas y ninguna será olvidada.
25. ¡Nada de paz para el pecador! ¡La muerte, sólo la muerte para el pecador!

CAPÍTULO XCVII

1. Malditos aquellos que se conducen impíamente, que alaban y se vanaglorian de la mentira. Sois unos perversos, y vuestra vida es una vida abominable.
2. Malditos vosotros, los que alteráis las palabras de la verdad: ellos pecan contra el decreto eterno.
3. Y hacen condenar al inocente.
4. Durante esos días ¡oh, justos! mereceréis que vuestras preces sean atendidas; subirán y serán puestas ante los ángeles, como un testimonio acusador contra los crímenes de los pecadores.
5. Durante esos días, los pueblos estarán bajo el terror, y las generaciones horrorizadas se alzarán a la luz del juicio supremo.
6. Durante esos días, las mujeres encinta darán a luz y abandonarán el fruto de sus entrañas. Los hijos caerán ante los ojos de sus madres, y mientras estén succionando su leche, ellas los rechazarán y no tendrán piedad para con los frutos de sus amores.
7. Yo os lo comunico aún ¡oh pecadores! el castigo que os espera en el día de la justicia, no tendrá fin.
8. Adoraran a las piedras, a las imágenes de oro, de plata y de madera, a los espíritus inmundos, los demonios y todos los ídolos de los templos, pero no obtendrán ninguna ayuda de ellos. Sus corazones se volverán estúpidos a fuerza de impiedad, y sus ojos estarán enceguecidos por la superstición. En los sueños y las visiones serán impíos y supersticiosos, serán mentirosos e idólatras. ¡Perecerán todos!

9. Pero en esos días, serán bienaventurados los que hayan recibido la palabra de sabiduría, los que hayan buscado y seguido los caminos del Altísimo, los que hayan recorrido los senderos de la justicia, y no los caminos de la impiedad.
10. ¡Sí, serán salvados!
11. Pero, malditos vosotros, los que enmascaráis el mal de vuestro prójimo, pues caeréis en el abismo.
12. Malditos vosotros, los que echáis los cimientos del pecado y del fraude; los que sois duros y amargos para con vuestros semejantes, ¡pues seréis consumidos!
13. Malditos vosotros, los que erigís vuestros palacios con el sudor de los demás; cada una de las piedras que los componen, cada porción de cemento que las une es para vosotros un pecado. Así pues, os lo digo, no tendréis paz.
14. ¡Malditos vosotros, los que menospreciáis la casucha y la herencia de vuestros padres, y rendís un culto impío a los ídolos!
15. ¡Malditos aquellos que cometen la iniquidad, que son instrumentos de persecución, que matan a su prójimo. Pues Dios mismo marchitará vuestra gloria, endurecerá vuestros corazones, encenderá el fuego de su cólera y os exterminará a todos!
16. Entonces los justos y los santos, testigos de los efectos de su venganza, recordarán vuestros crímenes y os maldecirán.

CAPÍTULO XCVIII

1. En aquel día los padres serán masacrados con sus hijos, y los hermanos con sus hermanos; la sangre correrá como las aguas de un río.
2. Pues el hombre no detendrá su brazo presto a golpear a su hijo, y a los hijos de sus hijos; creará actuar con misericordia, y no los tratará con indulgencia.
3. El pecador no temerá el degollar a su hermano más honorable que él. El crimen continuará sin reposo desde la salida del sol hasta su puesta. Al caballo le llegará la sangre hasta el pecho y a su carro hasta el eje.

CAPÍTULO XCIX

1. En esos días los ángeles descenderán a los lugares escondidos, y todos los que hayan contribuido a los crímenes serán reunidos en el mismo lugar.
2. Entonces el Altísimo descenderá para ejercer su justicia sobre todos los pecadores, y dará a los santos ángeles la custodia de los justos y de los santos, y les defenderá como a las niñas de sus ojos, hasta que todo mal y toda inmoralidad hayan sido reducidas a la nada.
3. Cuando los justos sean sepultados en el más profundo de sus sueños, no, tendrán nada que temer; los santos entreverán la verdad.
4. Y los hijos de la tierra tendrán inteligencia de todas las palabras contenidas en ese libro, persuadidos a partir de entonces de que las riquezas no podrían salvarles de un castigo que sus crímenes hubiesen merecido.
5. Malditos vosotros, pecadores, que atormentáis a los justos y los hacéis consumir por el fuego, en el día de la gran tribulación recibiréis la recompensa de vuestras obras.

6. Malditos vosotros, perversos de corazón, que buscáis tener un conocimiento completo del mal; acontecerá que el miedo os sorprenda. Nadie vendrá en vuestra ayuda.
7. Malditos vosotros, pecadores, pues las palabras de vuestra boca, y las obras de vuestras manos han sido malvadas; también vosotros caeréis en las llamas eternas.
8. Sabed que los ángeles en el cielo investigarán exactamente todas vuestras obras; interrogarán al sol, a la luna y a las estrellas, sobre vuestros pecados, porque habéis osado juzgar a los justos.
9. Todo testificará contra vosotros: las nubes, la nieve, el rocío y la lluvia, pues a causa de vosotros, todas estas criaturas quedarán en suspenso para no seros útiles.
10. Ofreced pues sacrificios a la lluvia, para que caiga por fin, y rogad al rocío que reciba de vosotros oro y plata. ¡Oh esfuerzos impotentes! el hielo, el frío, los vientos tormentosos y todos los inviernos fulminarán sobre vosotros, y no podréis soportar su violencia.

CAPÍTULO C

1. Mirad al ciclo, hijos de los cielos; contemplad las obras del Altísimo, y temedle, y no cometáis el mal en su presencia.
2. Si él cerrase las ventanas del cielo, y retuviese a la lluvia y al rocío, dejando así a la tierra árida y seca, ¿qué haríais vosotros?
3. Cuando descarga su cólera sobre vosotros y sobre vuestras obras, no sabéis implorar su clemencia; blasfemáis contra su justicia, y vuestras palabras están llenas de soberbia y de arrogancia. Así pues, ¡nada de paz para vosotros!
4. ¡Mirad ese navío, cómo flota a merced de los vientos, y amenazado sin cesar por una catástrofe espantosa!
5. El piloto tiembla porque lleva consigo sus riquezas a través del Océano ¡tiembla porque teme hundirse y perecer!
6. Ahora bien, el mar, sus olas tumultuosas, sus abismos profundos, ¿no son acaso obra del Todopoderoso? ¿No es El, acaso, Quien le ha puesto los límites y trazado las orillas?
7. A su vez la ola retrocede espantada, y los que viven en su seno, son golpeados mortalmente. Y vosotros pecadores que vivís sobre la Tierra, ¿acaso no habéis de temerle? ¿No es acaso el creador de todo lo que ella encierra?
8. ¿Y quién pues sino Él ha dado la ciencia y la sabiduría a todos los que viven en la Tierra y a los que están en el mar?
9. Ahora bien, ¿no temen acaso los navegantes al Océano? ¿Acaso sólo vosotros, pecadores, no habéis de tener ningún temor de la justicia del Altísimo?

CAPÍTULO CI

1. En esos días, cuando os encontréis envueltos por las llamas ardientes. ¿Adónde huiréis? ¿Adónde acudiréis en busca de asilo?
2. Y cuando su palabra alce contra vosotros, ¿acaso no temblaréis ni os asustaréis?
3. Todos los grandes luminares se estremecerán de miedo; la Tierra temblará de espanto y de terror.

4. Todos los ángeles cumplirán su severa misión e intentarán desaparecer ante la majestad suprema; en cuanto a los hijos de la Tierra, éstos serán presa del estupor.
5. Mas para vosotros, pecadores, objeto de la maldición eterna, no habrá ninguna salvación.
6. No temáis nada, almas de los justos; antes bien, esperad con calma y seguridad el día de vuestra muerte, como un día de justicia. No lloréis en absoluto por el hecho de que vuestros espíritus desciendan con tristeza y amargura a la morada de la muerte, ni por el hecho de que en esta vida vuestros cuerpos no hayan recibido la recompensa que merecían vuestras buenas obras, mientras que en cambio, los pecadores triunfaban durante los días de vuestra vida, pues he aquí que se acerca para ellos el día de la execración y de los suplicios.
7. Cuando muráis, los pecadores dirán de vosotros: ¡Los justos mueren como nosotros! ¿Qué frutos han cosechado de sus obras? He aquí que abandonan la vida de la misma manera que nosotros, con turbación y con ansiedad. ¿En que son pues mejor tratados que nosotros? ¿Acaso somos iguales a ellos? ¿Qué deben tener y qué deben ver más que nosotros? ¡He aquí que han muerto y que jamás volverán a ver la luz! Pero yo os digo ¡oh pecadores!, os habéis hartado de carne y de bebida; despojos de vuestros hermanos, rapiñas, pecados de toda especie, nada os ha impedido para adquirir las riquezas; vuestros días han sido días de dicha y de felicidad. ¡Pero qué no habéis visto acaso que el fin de los justos está acompañado de paz y de calma! Es porque no han conocido la iniquidad hasta el día de su muerte. Están muertos, y es como si nunca hubiesen sido, y sus almas han descendido a la morada de la muerte.

CAPÍTULO CII

1. Ahora bien, os lo juro, ¡oh justos!, por la grandeza de su esplendor, por su reino y por su majestad; os juro que he tenido conocimiento de este misterio, que me ha sido dado el leer las tablas del cielo; el ver la escritura de los santos, el descubrir lo que en ellas estaba escrito respecto a vosotros.
2. He visto que la felicidad, la dicha y la gloria os están reservadas, y esperan a aquellos que mueran en la justicia y en la santidad. Recibiréis entonces la recompensa de vuestras penas, y de los males que habéis recibido en la Tierra.
3. Sí, los espíritus de aquellos que mueran en la justicia vivirán y reposarán para siempre; serán ensalzados y su memoria será eterna ante el trono del Todopoderoso. Y ya no tendrán que temer ninguna vergüenza.
4. Malditos vosotros, pecadores, si morís en vuestros pecados; y aquellos que se os asemejan dirán: ¡Dichosos los pecadores! Han cumplido los días de su existencia, y mueren ahora en la felicidad y en la abundancia. Durante su vida no han conocido penas ni angustias; mueren cubiertos de honores y riquezas, y no han sido sometidos a ningún juicio.
5. ¿Pero es que acaso no les ha sido probado que sus almas serán forzadas a descender a los dominios de la muerte, donde les esperan males y tormentos de toda especie? Sí, sus

espíritus se precipitarán en las tinieblas, en las trampas, en esas llamas que no se extinguirán jamás, y la sentencia de su justicia será eterna.

6. Malditos vosotros, pues ya no tendréis paz, y en vano buscaréis excusaros ante los justos diciendo Nosotros también hemos conocido los días de la aflicción; hemos soportado una multitud de males.

7. Nuestros espíritus han sido consumidos, reducidos, menguados.

8. Estábamos perdidos, y nadie nos socorría, y nadie nos daba ánimos, ni siquiera de palabra; antes bien, nos dejaron turbados por la desgracia, y esto es lo que sucedió de nosotros.

9. Esperábamos disfrutar más de la vida.

10. Y sin embargo nosotros habíamos pensado que un día estaríamos en primera fila.

11. ¡Y he nos aquí en la última! Nos hemos convertido en la presa de los pecadores y de los impíos, pues éstos han hecho pesar su yugo sobre nosotros.

12. Y aquellos que nos aborrecían y nos oprimían, eran poderosos contra nosotros, y nosotros bajábamos la cabeza ante aquellos que nos odian y nos desprecian, y ellos no tuvieron piedad para con nosotros.

13. Nosotros queríamos rehuirles, para gozar de la paz, pero no encontrábamos ningún lugar que pudiera servirnos de refugio contra su persecución. Habíamos ido a presentar denuncia acerca de los príncipes, y habíamos alzado la voz contra aquellos que nos devoraban, pero nuestros gritos fueron inútiles, y no quisieron escuchar nuestra justa voz.

14. Bien al contrario, se protege a aquellos que nos despojan y que nos devoran, a aquellos que nos debilitan y esconden su opresión, que nos enervan y que nos masacran y ocultan nuestro crimen y no se acuerdan de que han levantado sus manos contra nosotros.

CAPÍTULO CIII

1. En cuanto a vosotros, ¡oh justos!, os juro que en el cielo los ángeles recuerdan ante el trono del Todopoderoso vuestra justicia, y vuestros nombres están escritos ante el Altísimo.

2. Tened, pues, buena esperanza, pues si habéis estado expuestos a los males y a las aflicciones de esta vida, en cambio en el cielo brillaréis como los astros, y las celestes barreras bajarán ante vosotros. Vuestros gritos piden justicia, y seréis vengados de todos los males que habéis sufrido desde el principio, y de todos aquellos que os hayan perseguido, que hayan sido los ministros de vuestros perseguidores.

3. Esperad pues, y no os dejéis abatir, pues vosotros gozaréis de una dicha igual a la de los ángeles, y en el día del juicio no tendréis que temer ninguna condenación.

4. ¡No os descorazonéis pues, oh justos, cuando veáis a los pecadores dichosos y florecientes en sus caminos!

5. ¡No os convirtáis en sus cómplices; antes bien, manteneos lejos de su muchedumbre perseguidora; vosotros estáis asociados a las legiones celestes. Para vosotros, pecadores, que decís: Todas nuestras transgresiones serán olvidadas, sabed que, bien al contrario, todos vuestros crímenes están meticulosamente registrados en el libro del cielo.

6. De manera que, os lo sigo diciendo, que la luz y las tinieblas, el día y la noche, serán testigos contra vuestras faltas. No cometáis más, pues, la impiedad y la mentira; no falseéis más la verdad. No os alcéis más contra la palabra del Santo y del Poderoso. No os inclinéis más ante vanos ídolos, pues vuestros pecados, vuestras inmoralidades serán juzgadas como crímenes muy grandes.

7. Ahora, escuchad el misterio que os concierne: Muchos pecadores corromperán y falsearán la palabra de la verdad.

8. Pronunciarán palabras malvadas, proferirán calumnias, compondrán libros en los cuales pondrán los pensamientos de su vanidad. Pero si pusieran mis palabras en los libros.

9. No las cambiarían ni las alterarían en absoluto, sino que escribirían con exactitud todo lo que he dicho sobre ellos desde el principio.

10. Voy a revelaros además otro misterio: Libros de dicha serán dados a los justos y a los sabios, y ellos creerán en esos libros que contendrán las reglas de la sabiduría.

11. Y se regocijarán con ellos y todos los justos serán recompensados porque han aprendido a conocer todos los caminos de la igualdad y la justicia.

CAPÍTULO CIV

1. En aquel tiempo el Señor les ordeno que reunieran a los hijos de la Tierra para que prestasen oído a las palabras de la sabiduría; Él les dijo: Mostradles esa sabiduría, pues vosotros sois sus jefes y sus dueños.

2. Mostradles la recompensa que debe corresponder a todos aquellos que sigan los preceptos de la sabiduría, pues Yo y mi Hijo, haremos sociedad eterna con ellos, en los caminos de la justicia. La paz sea con vosotros, hijos de justicia, dicha y felicidad.

CAPÍTULO CV

1. Después de algún tiempo, Matusalén, mi hijo, dio una mujer a su hijo Lamek.

2. Ésta, habiendo quedado encinta, dio a luz a un niño cuya carne era blanca como la nieve, y roja como una rosa; cuyos cabellos eran blancos y largos como la lana, y sus ojos de toda belleza. Apenas los hubo abierto, inundó de luz toda la casa, como del fulgor mismo del sol.

3. Y apenas fue recibido en las manos de la sabia mujer, abrió la boca para contar las maravillas del Señor. Entonces Lamek, su padre, lleno de asombro, fue a encontrar a Matusalén, y le anunció que tenía un hijo que no se parecía en nada a los otros niños. No es un hombre, dijo, es un ángel del cielo; estoy seguro de que no es de nuestra especie.

4. Sus ojos son brillantes como los rayos del sol, su figura está iluminada; no parece ser mío, sino de un ángel.

5. Mucho me temo que este prodigio sea presagio de algún acontecimiento en la Tierra.

6. Y ahora, ¡oh padre mío!, te suplico que vayas a encontrar a Henoc, mi abuelo, y que le pidas una explicación, puesto que él tiene su morada entre los ángeles.

7. Después de haber oído las palabras de su hijo, Matusalén vino a encontrarme a los confines de la Tierra, pues sabía que yo estaba allí, y me llamó.

8. Al oír su voz, acudí a él y le dije: Heme aquí, hijo mío, ¿por qué has venido a verme?

9. Y él me respondió: Un gran acontecimiento me trae a ti; una maravilla difícil de comprender, acerca de la cual vengo a pedirte la explicación.

10. Escucha pues, ¡oh padre mío!, y sabe que mi hijo Lamek acaba de tener un hijo que no se le parece en nada, y que además no parece pertenecer a la raza de los hombres. Es más blanco que la nieve, más rojo que la rosa; sus cabellos son más blancos que la lana, y sus ojos lanzan rayos como el sol; cuando los abre, llena la casa de luz.

11. Y un momento después de salir de las manos de la sabia, ha abierto la boca y ha bendecido al Señor.

12. Su padre, Lamek, asombrado de esta maravilla, ha acudido a mí, no creyendo que este niño fuera suyo, sino que había nacido de un ángel del cielo, y he aquí que he venido a ti para que me descubras la verdad de este profundo misterio.

13. Entonces, yo, Henoc, le respondí: el Señor está a punto de hacer una nueva obra en la Tierra. Lo he visto en una visión. Te hablé del tiempo de mi padre Jared, de aquellos que nacidos del cielo, sin embargo habían transgredido la palabra del Señor. He aquí: Ellos cometían la iniquidad, y transgredieron sus ordenanzas, y, vivían con las mujeres de los hombres y engendraban con ellas tina posteridad infame.

14. Por ese crimen, una gran catástrofe sobrevendrá a la Tierra; un diluvio la inundará y la devastará durante un año.

15. Sólo ese niño que os ha nacido sobrevivirá a ese gran cataclismo con sus tres hijos. Cuando todo el género humano sea destruido, sólo él será salvado.

16. Y sus descendientes (de los ángeles rebeldes) darán a luz en la tierra a gigantes no nacidos del espíritu, sino de la carne. La tierra, pues, será castigada, y toda corrupción será lavada. Así que enseña a tu hijo Lamek que el hijo que le ha nacido es verdaderamente su hijo; que le llame con el nombre de Noé, porque él os sobrevivirá. Él y sus hijos no participarán en absoluto de la corrupción, y se guardarán de los pecados que cubrirán la faz de la tierra. Desdichadamente, después del diluvio, la iniquidad será aún mayor que antes, pues sé lo que debe sobrevenir; el Señor mismo me ha revelado todos los misterios al respecto, y he podido leer en las tablas del cielo.

17. En ellas he leído que las generaciones sucederán a las generaciones hasta que se levante la raza santa, hasta que el crimen y la iniquidad desaparezcan de la faz de la tierra, hasta que todos participen en la justicia.

18. Y ahora ¡oh hijo mío! Ve y anuncia a tu hijo Lamek.

19. Que el niño que le ha nacido es verdaderamente su hijo, y que no hay ninguna duda en su nacimiento.

20. Y cuando Matusalén hubo oído las palabras de su padre Henoc, quien le había revelado todos los misterios, regresó lleno de confianza, y llamó al niño con el nombre de Noé, porque debía ser el consuelo de la tierra después de la gran catástrofe.

21. He aquí otro libro que Henoc escribió para su hijo Matusalén, y para aquellos que deben venir después de él, y conservar así la palabra y la simplicidad de sus costumbres. Vosotros que sufrís, esperad con paciencia el momento en que los pecadores hayan desaparecido, y que el poder de los malvados haya sido aniquilado; esperad a que el

pecado haya desaparecido de la tierra, pues sus nombres serán borrados de los santos libros, su Que el niño que le ha nacido es ver raza será destruida, y sus espíritus serán atormentados. Ellos chillarán y se lamentarán en un desierto invisible, y arderán en un fuego que no se consumirá nunca. También allí he percibido cómo una nube que mis ojos no podían penetrar, pues desde su parte inferior no se podía distinguir la y superior. También vi allí la llama de un fuego ardiente, semejante a brillantes montañas, agitados por un torbellino y empujadas a diestro y siniestro.

22. E interrogué a uno de los santos ángeles que estaba conmigo, y le dije: ¿Qué es ese resplandor? Porque no es el cielo lo que veo, sino la llama de una gran hoguera; oigo gritos de dolor, gritos de desesperación,

23. Y él respondió: Allí, en ese lugar que ves, son atormentados los espíritus de los pecadores y de los blasfemos, de los que se han comportado mal y han pervertido lo que Dios había dicho por boca de sus profetas. Pues se conserva en el cielo la lista de sus nombres y de sus malas obras, y los ángeles tienen conocimiento de ello, y saben los castigos que les están reservados; saben también lo que les está reservado a aquellos que han crucificado su carne, y a aquellos que han sido perseguidos por los hombres malvados; a aquellos que han amado a su Dios, que no han puesto su afán en el oro y en la plata, que lejos de entregar su cuerpo a las voluptuosidades de este mundo, han atormentado sus cuerpos mediante suplicios voluntarios.

24. A aquellos que, desde el día de su nacimiento, no han ambicionado las riquezas terrestres, sino que se han visto como un espíritu viajero por la tierra.

25. Tal ha sido su conducta, y sin embargo ¡Dios les ha probado a fondo! pero sus espíritus siempre han sido encontrados puros e inocentes, y prestos a bendecir al Señor; he consignado en mis libros todas las recompensas que habrán merecido, por haber amado a las cosas celestes más que a sí mismos. He aquí lo que Dios dijo: Cuando eran perseguidos por los malvados, cubiertos de oprobios y de injurias, no cesaban de alabarme. Ahora, Yo elevaré sus espíritus hasta la morada de la luz; Yo transformaré a aquellos que han nacido en las tinieblas y que no les ha correspondido la gloria que su fe les había hecho merecer.

26. Yo conduciré a la morada de los esplendores a aquellos que aman mi nombre, les haré sentar sobre tronos de gloria, y les haré estremecer con una dicha eterna, pues el juicio de Dios está lleno de equidad.

27. El dará a esos fieles una morada afortunada; en cuanto a aquellos que han nacido en las tinieblas, se verán precipitados a las tinieblas, mientras que los justos vivirán en el esplendor y la gloria, y experimentarán para siempre la verdad de las promesas de un Dios al cual ellos han amado.

Aquí termina la visión del profeta Henoc. Que la bendición y la gracia del Señor recaigan sobre aquellos que le aman. Amén.